

Chiras pelas



Una glosa lúdica de antier

RAÚL LÓPEZ CAMACHO



CHIRAS PELAS

UNA GLOSA LÚDICA DE ANTIER

COLECCIÓN
IDENTIDAD

páginas
DE VIDA

Raúl López Camacho

Chiras pelas

Una glosa lúdica de antier



Foem
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Alejandro Fernández Campillo
Secretario de Educación

CONSEJO EDITORIAL

Presidente: Sergio Alejandro Ozuna Rivero

Consejeros: Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo, Marcela González Salas y Petricioli, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico: Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Ejecutivo: Roque René Santín Villavicencio

Chiras pelas. Una glosa lúdica de antier

© Primera edición de la Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2018

D. R. © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Raúl López Camacho

ISBN: 978-607-495-660-3

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal CE: 205/01/58/18

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

A la víbora, víbora de la mar...
¡Parque, liga, ligazo, patada o manazo!

*Con admiración a todas las chavas
y los chavos de antier*

*A mi amigo el Lic. Jaime Almazán Delgado, quien siendo
presidente municipal de Toluca en 1983 hizo posible la primera
edición de esta ya clásica obrita*

*Dedicado a Jesús López Camacho (†) y Juan Maccise
Maccise (†), campeón y subcampeón nacional de yoyo
Duncan, respectivamente, y que coincidentemente
se fueron en la flor de la vida*

INTROITO

Y en fin, propálese a los cuatro vientos que lo recién leído es para que, ahora y por siempre, los que vengan sepan que aquí estuvieron alguna vez unas niñas hermosas, unos aventureros llenos de tierra, unas chavitas ingeniosas, unos chavos audaces, y que aquellas calles, aquellos campos, aquellos corazones, se llenaron de vida, de locuras, de risas... de luz.

El final del epílogo queda bien para el comienzo de este libro que glosa una mágica época donde el ingenio y la actividad suplían al juguete.

Nacido en 1983 con el nombre de *Los juegos que jugamos*, con las adecuaciones que enseñorean este tecnológico tiempo, treinta y cinco años después y con el nombre de *Chiras pelas*, esta glosa lúdica de antier es fiel reflejo no sólo del cambio en cómo jugar sino es un multicolor poliedro con variadas aristas.

Que los estudiosos elucubren y concluyan lo conducente, pues en este libro venimos a jugar leyendo y cada juego y hasta cada renglón serán motivo de reflexión... lúdica.

Hago notar que no hay invento ni ficción, así que el mérito es para las y los inventores de juegos: las chavitas y

los chavos de antier, y que el escenario es el pueblote llamado Toluca de los años 1946 a 1956, más o menos.

La circunscripción es Toluca, empero puede ser cualquier otro ámbito espacial y temporal: agreguen y quiten juegos de su localidad, y de cualquier parte de la república mexicana y por ahí vamos.

Bien, ya urge jugar. Tercera llamada. Tercera. Al fondo aparece una vieja casona, los callejeros vendedores de dulces... la mágica escenografía que leerás.

Comeenzamos.

La escenografía

¡Úchale!, todo era bien distinto: el campo y la ciudad imbricados se daban la mano: todavía entraban los cacomixtles a los gallineros citadinos; las entradas de los caserones del centro toluco eran selvitas aromadas de agua de azar y las aves —más cantoras que canoras— revolvían sus trinos con el drama radiofónico.

Y las chavas y los chavos, ojo de águila, veíamos pasar las añejas costumbres con su escondida poesía: para saber el futuro se colocaba al nocturnal sereno un vaso de veladora, medio lleno de la clarísima agua que venía del volcán y, con la seriedad del caso, se le vaciaba la clara de un huevo, luego se le dejaba orear toda la noche —en el sereno de la serena noche— y ya con el sol, la vieja María, que de tan perenne servicio ya era de la familia, leía los filamentos de la clara que nadaban en el vaso: “Que la niña Rosa se va a casar y que el abuelo se puede enfermar gravemente”.

Más que bruja, maga o adivina, la viejilla empleaba la obviedad: la guapa llevaba ocho años de novia del tinterillo Román y el viejo Manuelito se fumaba cajetilla y media de los fortísimos Campeones Extra.

Y las niñas y los caballeritos adyacentes, contagiados de ese mundillo de ciencia ficción, descubríamos que la plateada baba del tlaconete formaba figuras caprichosas, igual que las nervaduras de las hojas que dejábamos secar en los polvosos libros.

Y cuando llovía, ¡guau!, había atepocates y eterno croar de ranas. Partíamos a las lombrices y seguían moviéndose y metíamos en un frasco de agua cenagosa los acociles que nos clavaban sus negros ojillos.

Las hojas del mastuerzo eran la verde alfombra donde las gotitas de agua se convertían en baloncitos de plata y, hablando del plateado metal, ¿ya anoté que el viento deshacía a la redonda esfera del diente de león y cien alfileres plateados nadaron un poco, sólo un poco, en el invisible aire, para luego, suave, tranquila, tenuemente, clavarse en un charquito de lodo?

Igual nuestros teatrinos habilitados de las cajas de galletas Cuétara, que tenían una ventanita. Le hacíamos a los lados dos aberturas y “según” pasábamos figuras dibujadas hasta con grasa de zapatos y, para completar, la luz de una linterna nos hacía ver un mundito surrealista.

La noche se impregnaba de huele de noche y las luciérnagas dibujaban consignas luminosas en la nocturnal negrura. Y como cereza del pastel, los juegos que inventamos. ¿Qué más pedirle a la vida? Nada, mano. Y ahora acompáñame a pedir una tapa.

La tapa

Era un cuartuchito insignificante visto desde afuera, pero entrando a pedir nuestra tapa, ¡el mundo de cosas que dentro había!

Eran los talleres de los zapateros remendones que pululaban por doquier: El zapatero *lingüístico* con los clavos en la boca, el montón de calzado para reparar, la chaira, la negrísima tinta, los picitos, el antiguo radio a medio volumen y la plástica a todo vapor.

Un cutrichil conteniendo gratas rarezas: en una pared, voluptuosas rumberas afroantillanas nos sacaban el escondido eros chavil y, en la pared de enfrente, las figuras deportivas del momento, hieráticas, formaditas, querían salir a jugar. Y al fondo, en el mero centro de la accesoría, la virgencita de Guadalupe, con su veladora de La Bien Aparecida, dejaba caer gotas de caliente cera.

Ahí era donde conseguíamos las tapas para jugar uno de nuestros juegos consentidos. Esto era todo lo que necesitábamos: una tapa para golpear a las monedas, si se tenían, o fichas, si había ausencia de platita.

El *quid* de este juego consistía en saber tirar bien y ya fuera puya, teco o cualquier otra modalidad la que jugáramos, deberíamos ser muy diestros.

Ya en el juego se reunían en las mañanas frías dos artes: la del párvulo jugador tratando de sacar con un teco la moneda temblorina posada sobre las yerbas que crecían en los resquicios de las calles empedradas, y el arte musical que salía de una ventana antigua, el *Vals poético*, de Felipe Villanueva, esbozado al piano por una principiante.

Pintábamos un círculo, dentro de él colocábamos las monedas o fichas a ganar o perder y empezábamos a tirar desde fuera del círculo. ¡Clic!... allá va un diez de níquel. “—Voy yo...”, y el teco hacía volar la moneda o ficha. Ésta era una manera de jugar a la tapa, la otra eran las “corriditas”.

Y nada, que ahí nos tienen por toda la calle o por varias calles siguiendo a la moneda o la ficha. Íbamos en la más rectísima línea posible para llegar antes que los otros a la meta fijada. Y esto, ¡la de sorpresas que nos esperaban!, pues nuestra moneda quedaba a veces cerca de un feroz mastín, o junto a una puerta que irónicamente se abría cuando nuestra tapa iba en el aire. Y qué les cuento, cuando principió la pavimentación de la ciudad, el trabajo que costaba sacar la ficha pegada en el chapopote. O lo peor que nos podía suceder: que nuestra moneda terminara trágicamente en el fondo de la coladera. Ahí nos tienen en misión imposible con un alambre:

—¿Y si al alambre le pones un imán?

—Sí... trae el imán.

En esos trances supimos que en la ciudad sí había alcantarillado municipal y, sin miedo, hurgábamos en el oscuro mundo de las ratas, mientras nuestro quinto o nuestro veinte nos miraba desde la penumbra: la Corregidora, con su chongo y el veinte con su pirámide que al sol construyeran los teotihuacanos.

La puya, el teco o las modalidades secundarias como la tijera, la plancha o la araña, nos hacían viajar por aquellas calles nuestras: estrechas y elegantes las del centro o terrosas y alegres las de la periferia, en una ciudad con algo de sabor virreinal y un poquito todavía con olor a copal.

Las canicas

Creo que las canicas eran las reinas de los juegos que jugábamos, pues eran bien populares entre toda la tropa infantil, con sus diversas modalidades: hoyito, ahogadito, corriditas, etc. No pecaría al asegurar que una bolsa repleta de estas maravillosas esferitas, con su tilín tilón, nos producía al caminar, con ese alegre tintineo, un auditivo pasaporte al cielo.

Era muy fácil adquirirlas en los estanquillos de entonces, que en sus paredes anunciaban *Ca-fi-on-*, para el dolor de cabeza; *Glostora*, para aplacar y abrillantar el cabello; *Listerine*, para la limpieza de la boca, y que, además, vendían bolitas de chocolate de metate a centavo. Ahí adquiríamos por sólo cinco, diez o quince centavos elegantes “invitas” o claras y transparentes “agüitas”. Ahora, que si se tenía menos dinero, vendían humildes y baratos mastiques. Y si se tenía más plata y se era medio sádico se compraban los pesados y destructores balines.

Nuestras cuirias o cuicas tenían su sede, siempre por corto tiempo —pues se perdían y se ganaban con rapidez—, en bolsitas a las que les circundaba una jareta, la cual llevábamos atada al cinturón. Y escogíamos siempre a una canica

como tiritito. Ésta era la canica que iba a ser nuestra representante en las lides que se escenificaban en los campos de tierra del honor y en las calles no pavimentadas y, por ventura, casi sin paso de autos.

El tiritito podía ser una imita o invita que dentro tuviera iridiscencias multicolores o, tal vez, que la mancha surrealista semejara la cola de un pavorreal o, por qué no, también podía ser una agüita que por accidente de fabricación tuviera adentro polvitos de colores. Y ese mero, pues, era el tiritito que salía a la lucha.

Binomio de recuerdos: junto al campo de juego se escuchaba en la vieja sinfonola, pletórica de luz, el caer de un níquel de diez centavos que hacía subir al enorme disco, y al mismo tiempo se oía el chasquido de nuestro tiritito golpeando otra canica. Y dos cosas seguían: la preparación de un nuevo tiro y las notas alegres de *Espinita*, de Nico Jiménez, que todos tarareábamos en el campo de batalla:

Eres como una espinita
que se me ha clavado en el corazón,
yo quisiera haberte sido infiel...

— ¡Voy... calaveritas y sigo calavereando!

Al jugar, perdías si hacías chiras, o sea, golpear con nuestro tiro a dos tiros contrarios. Como diríamos: hacer carambola. “Chiras pelas” se decía al empezar el juego, fijando de antemano esta regla fundamental.

El gusto del golfista que ve llegar su pelota al hoyo siempre lo comparábamos al del tirador de canicas que, en la

modalidad de hoyito, ve cómo lentamente y sorteando piedritas o minúsculos pedazos de tabique, su canica llegaba con trabajos, pero exacta y puntual, al hoyito. Pero dejamos de comparar los gustos, cuando vimos que del hoyito podíamos sacar las canicas tirando con un enorme poder. En efecto, al tener el hoyito dejábamos fuera de combate, matábamos pues, al que era golpeado por nuestro tiro.

Y en tantos juegos, en tantas continuas luchas, nuestro tiritito se iba “quicando”, o sea, se ponía poroso al perder en cada choque que daba, o le daban. Minúsculos pedacitos de vidrio caían en cada choque y cuando era rota nuestra cuirria favorita por un certero tiro del contrario, sentíamos una angustia parecida a la del gallero, que con el alma quiere revivir a su giro que cayó en el palenque.

Pero la función tenía que seguir y procedíamos a elegir otro tiritito del montón de canicas y lanzarlo a ganar o a perder. Fetichismo del barrio: a veces un tiritito quicado se traía en la bolsa del corazón, lo tocábamos para tener buena suerte y lo usábamos en casos difíciles solamente: “—A ver si con el tiritito viejo lo mato”.

A lo mejor ya están jugando en el cielo, vaya mi admiración a aquellos verdaderos ases en el juego de las canicas: eran los que pintaban su raya desde el lugar en que caían y luego, tomando su tiro entre el hueso del dedo pulgar y la punta del índice, o sea de a “huesito”, disparaban con tan certera puntería que al surcar los aires y bajar, la canica llegaba con la precisión de un balazo. Había tan diestros tiradores, y que además golpeaban a la canica contraria a tal distancia, que fácilmente podrían haber actuado en un centro de espectáculos.

¿Cómo le hacía aquel tirador, “bien vago”, que a quince metros de distancia, y con nuestro tirito oculto en unos quintoniles, le atinaba al mero corazón? Es la hora que no lo sé.

Y al regresar a casa —si ganábamos— con nuevas canicas, con diferentes y hermosas esferitas de colores, no nos cambiábamos en nuestra felicidad por Alejandro Magno después de una victoria, por ejemplo, ni por Julio César cuando, dicen los historiadores, llegó de su campaña del Rubicón o por el muchacho de la película que hacía suspirar a nuestra prima, que estaba próxima a cumplir quince años. Y por esta cruz, ¡mch!, que así fue.

A las estatuas de marfil

El género humano femenino, sutil, poéticamente delicado, tenía otra manera —menos atrabancada, decían las madres— de jugar, acompañado con rondas:

A la rueda, rueda de san Miguel,
san Miguel...

Moviéndose apenas, las niñas hacían el contraste: delicadeza versus rudeza era el signo.

Hacían división por sexos en las escuelas, hombres y mujeres aparte; tú, hombre, macho, no jugabas con ellas. No podías meterte en la procesión que pasaba debajo de una pareja de niñas que se colocaba uniendo las manos cantando:

A la víbora, víbora de la mar, de la mar,
por aquí pueden pasar,
las de adelante corren mucho
y las de atrás se quedarán
tras, tras, tras...

Machito grillero y cabrón tampoco podías jugar con ellas cuando entonaban:

Naranja dulce, limón partido
dame un abrazo que yo te pido.
Si fuera en vano mi juramento,
en otro tiempo se olvidará.
Toca la marcha, mi pecho llora,
adiós, señora, yo ya me voy,
a mi casita de sololoy
a comer tacos [churros, miel, leche, etc. según el lugar]
y no les doy.

Para allá y para acá, siguiendo a la pelota en el bal-dío, los chavos no le entrábamos. Desde lejitos las veíamos jugar mientras había *quorum* para jugar fut. “—¿Ya?”. Y con doce chavos como mínimo se procedía a echar el voladito para comenzar a escoger. Primero salían los ases burladores: “—Escojo a Vicente —garantía de gol—”, y al último se escogían a los gordos y lentos que eran siempre los porteros.

A las estatuas de marfil,
uno, dos y tres...

Y como congeladas, las niñas ni pestañeaban.

“Amorcito corazón, yo tengo tentación de un beso... fi fi fuu, que se prenda en el calor...”. La voz de Pedro Infante llegaba desde la sinfonola de la tienda-cantina de la contra

esquina. “—Ajajaay”, la roncada de un briago quería quebrar el delicado nocturnal celofán negro del barrio.

Una mexicana
que fruta vendía,
ciruela, chabacano
melón y sandía...

Suavecito, sutil, femenino, el coro inundaba ventanas, tenderos, gallineros con gallinas estáticas y llegaba hasta la peluquería.

Ininteligibles para los chavos, puestos a investigar razones y sinrazones, misterios insondables, incógnitas sin respuesta, eran las rondas femeninas:

Chocolate, molinillo,
espirar, espirar,
que el demonio va a pasar...

¿Espirar?... ¿O qué otra canija palabra era?

El patio de mi casa
como es particular,
se lava y se seca
como los demás.

Entonces, la casa siendo particular, ¿el lavado la hace al mismo tiempo universal? Y así como en esta pequeña prueba, la lógica femenina nos apabulló:

—Amo ató matarilerilerón

—¿Qué quiere usted, matarilerilerón?

Para adelante y para atrás pedían y se contestaban:

—Escoja usted, matarilerilerón.

Y ya en éstas, usamos esta cantaleta para escoger:

De tin marín de do pingüé,
cúcara, mácara, títere fue.

Y a pausas el viento traía una bravía canción muy de moda: “Me canSÉ de rogarLE, me CANSé de deCIRle que yo SIN ella de PEña muerOO”. Por efecto del aire quizás, la voz de Pedro Infante se oía ora más cerca, ora más lejos y, por otro lado, el monótono y dulce son seguía horadando agradablemente los oídos:

A las estatuas de marfil
uno, dos y tres así...

Y más arriba de la vecindad venía lleno de dulzura otro inolvidable clásico son del corazón:

La que quede sola,
esa perderá, ¡hey!

Música para el alma, los juegos de las niñas. Mmuchch,
beso la cruz, *pus verdá* de Dios que sí.

La matatena

Corre el mes de junio y al visitante de cualquier ciudad del centro de México se le ocurre recorrer Tolucoópolis. Sale con parsimonia del hotel y mira el reloj: las dos de la tarde. Y lo que le sorprende es ver grupos de mozalbetes, de trecho en trecho reunidos, lanzar al aire algo como piedritas y luego cacharlas.

Aquí, y si él no lo supiera, a nuestro visitante le tendríamos que decir lo que sucede: “—Se está jugando matatena”.

Era la época de la sabrosísima fruta agridulce que es el chabacano, y los huesitos eran el ingrediente necesario para el juego, que se veía sencillo, pero que tenía, como nosotros decíamos, su “chiste”.

Al salir de la escuela dejábamos en el piso por un momento libros como *Lila* o *Poco a poco*, de los primeros años; o *Corazón: Diario de un niño*, de Edmundo de Amicis, que lo llevaban los de quinto grado. Ya desembarazados del peso, entraba nuestra concentración en el juego. Sacábamos los huesitos que se iban a jugar, concertábamos la apuesta y a principiar.

Se tenía que tomar un puñado de huesos, según se conviniera, lanzarlos al espacio infinito, poner el dorso de la mano, y ahí dejarlos. Si caía alguno se perdía el turno. Aunque siempre uno que otro huesito quedara temblando en los

huecos de los dedos, había que evitar que cayera, y si se era diestro ninguno caía y, luego, ¡arriba otra vez!, se lanzaban al espacio y con un certero zarpazo volvían todos a la mano y se cerraba el puño. Si caía uno solo se perdía y el turno era del contrincante.

Muchas veces se pasaba el tiempo sin sentir y se llegaba tarde a comer o al segundo turno de la escuela, pues la salida del primero era a la una de la tarde y la entrada al segundo era a las tres.

Por la manera de atrapar los huesitos a la modalidad más conocida, a la del zarpazo le llamamos “uñas de gato”.

Lo que no he dicho —error craso— es que para jugar matatena escogíamos lugares tranquilos donde pudiéramos concentrarnos y jugar sin interrupciones, por lo que sorprendía la presencia de fanáticos matateneros, inmersos en un pueblo con alma futbolera: en el recreo, con pelotas de franjas de colores volando en todas direcciones ahí mero, los practicantes de fut, que éramos el resto, derrochábamos habilidad en los “burles”, chutábamos con fiereza o nos dábamos buenos trancazos volando de porteros, y ahí mismo, en ese ámbito espacial, los increíbles matateneros, sin hacer caso de los chutazos e ignorando a la violencia circundante, seguían impasibles jugando con suma atención al juego. En cierta ocasión un jugador de matatena, colocado detrás de una portería hecha de libros y piedras, iba a cachar los huesitos, vio venir la pelota que había horadado la portería: no se inmutó, cabeceó el balón y cachó todos los huesitos... lo juro ante Birjan.

Algunos pintábamos con anilina de colores nuestros huesitos y hacíamos un trueque curioso: dos sin pintar por

uno pintado. Y para el triunfador matatenero que ganaba muchos huesitos, su bolsa repleta sonaba a son del corazón.

Además de jugar matatena, con huesitos de chabacano jugábamos otro interesante juego: conseguíamos una caja de zapatos, a la cual le hacíamos ranuras semejando una cara. Ahí estaban los agujeritos de los ojos, el triángulo de la nariz y el rectángulo de la boca. Cada agujerito tenía marcado un número. ¿Y el juego? Lanzábamos los huesitos a la caja y si le atinábamos y se metía, por decir, a la nariz, ganábamos cinco huesitos, que es lo que tenía marcado.

Por supuesto, se pactaba la distancia y el dueño de la caja —especie de banquero— marcaba su raya y desde ahí a tirar. Obvio: huesito que no entraba pasaba al poder del dueño de la caja.

Mientras, a las seis de la tarde, las lentas y tristes campanadas caían llamando al rosario, el lanzador de huesitos dejaba ir uno tras otro a la caja.

—¿Cuántos?

—Fueron diez.

—Bueno.

Se cobraban en huesitos contantes y sonantes y a seguir confiando en el tino y en la suerte.

—Chin, fallé...

—Págame.

—Ten, ten, uno, dos, tres... Tan, tan... —Seguían los toques.

Al son de marimba sin son, de rebotitos en el corazón, con la matatena hago un símil: vida, semilla, niño, juego: el dulce juego de hacer nacer con gusto a más vida.

Los gatos

Hubo un tiempo —quién sabe qué inclinaba la balanza de la preferencia infantil— que el juego que más adeptos tuvo fue el de los gatos.

Se pierde en el tiempo la razón del nombre del simpático juego tan curioso, divertido y no exento de peligro. Cada habitante de la ciudad que jugó los gatos le dará su versión muy personal. No descarto que otros dirán que eran gallos, usted no desconfíe, todos tienen razón.

Anotaré que la confección del juguete era la mar de sencilla: a una ficha (corcholata) de limonada (refresco) o cerveza se le quitaba el corcho, y con una piedra se le iban achatando los bordes estriados hasta que quedaba una masa plana circular. Hecho lo anterior, con un clavo se le hacían dos pequeños agujeros en el centro, en los cuales ensartábamos la jareta o el cáñamo, luego le hacíamos un nudo a las puntas... y a zumbar. Pero a zumbar en serio, cada vez con mayor fuerza.

Las corcholatas fueron de productos ya desaparecidos del mercado local. Veamos: de Pep, que era un refresco de naranja, al igual que Mission Orange; Soldado de chocolate, que era una bebida de chocolate con leche, y como recuerdo folklórico, Jícara, que era pulque embotellado.

De los frescos locales, había uno que era extremadamente sabroso y que repartía un hermoso carronato tirado por caballos, me refiero a la limonada Arévalo, y otra llamada Nola, cuyo eslogan era un poema de sencillez: “Si no es Nola, no la tome”.

Que no se nos olviden, aunque no las utilizamos lúdicamente, las bebidas que en lugar de fichas tenían una canica, y tampoco las cervezas ya desaparecidas, como aquellas que recordaban al loco inmortal don Quijote.

Pero sigamos con nuestro gato, que ya confeccionado no quedaba nada más en zumbarlo, pues el chiste era pelearlo con otro. Jugar gatos era encontrarse dos gatos zumbadores y atacarse con saña. Así, el que primero trozaba la cuerda del otro era el que triunfaba. Ardua tarea, pues cuántas veces, aunque el contrario ya tenía deshilachada y a punto de romperse su cuerda, en un buen entre de su parte rompía la nuestra, que momentos antes estaba intacta.

Los duelos se escenificaban en cualquier parte: cerca de la iglesia de Los Dolores, por el mercado del Carmen, por la subida al Calvario, afuera de la tienda de “encase los negros”:

—¿Te echas un gato?

—Juega el pollo —y quedaba concertada la lid.

Les voy a contar: en una ocasión teníamos como mudo testigo a Miguel Hidalgo y Costilla —su estatua, claro—, que se ubicaba en el centro del jardín de los Mártires. Ahí se escenificó una pelea de gatos. Además del prócer, los rojos mosaicos, árboles, los fotógrafos con sus caballitos de madera y los carros de barquillos, formaban la escenografía.

—Éntrale —y zumbaron los gatos. Se hacía uno para adelante y para atrás.

Ahí me veo tratando de que mi ficha bien afilada hiera la cuerda del otro. Entonces, a los pocos segundos: pss... mi gato se barría en una sola cuerda. ¡¡Que cólera sentí al meter cuerda en los hoyitos y preparar otro gato!! Y más, cuando el de enfrente, orgulloso triunfador, se contoneaba a más y mejor.

Tan, tan... las campanas llamando, como que querían llorar. Fiuu, el vendedor de globos ofrecía su multicolor producto. ¡Clic!, el fotógrafo imprimía a la niña con el fondo de la iglesia. ¡Chin!, y yo tenía que ver sonriendo a Pepe, mi verdugo. Y vamos al desquite, empero si no había cuerda o el gato del otro por lo afilado parecía gato montés, se declinaba el duelo. Y así, aunque el zócalo o la alameda estuvieran radiantes y llenos de luz, a los que perdíamos en gatos nos parecían tristes y sombríos esos jardines nuestros, escenarios de nuestra derrota.

Para hacer más letal y no vernos en la triste situación de perdedores, lo afilábamos en la banqueta. Ahí nos tienen afile y afile, viendo de soslayo, como elucubrando. Y mientras venía el contrario, afile y afile ya pensábamos en ganar.

Había algunos ventajosos que de las tapas de botes de hojalata, que contienen chiles curados o salmón, hacían terroríficos gatos. Y no necesitaban ni afilarlos. Justo es decir que sólo un suicida se les enfrentaba con un gato de ficha. ¡Rum, zum, zumbzbz!, ¿por qué ese sonido ya se fue?

¡Chin!

Los ligazos

Cuando había abundancia de cítricos, el juego de los ligazos era el más popular. Y aunque tenía serios inconvenientes, como el de lesionar al contrario en un ojo, todos los practicábamos. Instrumentos: una liga y cáscaras de naranja, que eran las más *ad hoc*, pues las de mandarina se rompían y con las de limón real se corría el peligro de que el tiro rebotara en la liga y le diera al tirador. A la cáscara le llamábamos “parque”.

En las principales ciudades de México, el cine y el radio acaparaban la atención. En la casa, calladitos oíamos los cuentos del Tío Polito y, en la calle, los cartelones de las películas nos hacían presagiar de qué se trataban, pero —sépanlo, aunque la película era de vaqueros— no nos interesaba ver cómo caían los apaches, pues había guerra de ligazos.

“Parque, liga, ligazo, patada o manazo” era el grito para el contrincante que estaba indefenso y al cual se le dejaba en la nada grata tarea de escoger el castigo.

Había malditas pandillas de sádicos, que usaban de parque cáscaras de naranja agria que eran bien gruesas, y para disparar usaban una liga ancha que era el aditamento de las

señoras para sostener las medias a mitad del muslo. Obvio es decir que disparaban verdaderos cañonazos.

Hacíamos una pregunta: “¿Quieres ver México?”. Y antes de esperar la respuesta, el que preguntaba apretaba un trozo de parque junto a los ojos del otro. Entonces, mil diminutos surtidores soltaban el zumo. Con esto, pestañeábamos mucho. Las cáscaras de mandarina resultaban ni mandadas hacer para “ver México”.

¡Track!, sonaba el ligazo y a correr y a esconderse. ¡Track!, nos daba en la oreja, que luego se iba a poner colorada. Y a cargar nuestra liga con el parque y a agazaparnos, de pronto pasa el contrario y nuestro ligazo le da, ¡track!, en pleno pulmón.

Con las manos mugrientas pelábamos la naranja. El radio se oía tras los tablones de una ventana... cargábamos el fusil, “¿Podrá salvarse el honor de la niña? Escuche mañana...”. Y ¡track!, el contrario se sobaba las nalgas. Prohibieron el juego muchas veces, pero otras tantas regresó triunfante. En las tardes era común la guerra de pandillas. Teníamos que saber tirar con tino y cargar rápidamente la liga con el parque. Los malosos se escondían detrás de las gruesas puertas de madera de las casas antiguas, esperando que pasaran las guapas que venían de misa. Apuntando por un resquicio que siempre había, lanzaban la cáscara veloz, que llegaba mordiendo sus apetezibles redondeces. ¡Pack!, tronaba el ligazo... “¡Aay!”.

Pueblo chico, infierno grande. Cuando la voz se corrió de que en la “Lázaro” un alumno había perdido un ojo a resultas de un ligazo, ¡híjole!, la tremenda reprimenda y la prohibición total hicieron que no hubiera liga visible y presente en las

manos de ningún escolar. Dije en las manos, porque todas estaban en los brazos, en las piernas y en otro buen montón de lugares que el ingenio infantil siempre encuentra.

Y seguían volando los ligazos, mientras a lo lejos, a lo retebien lejos del campo de batalla, las niñas jugaban en paz y se dejaba escuchar cuando la noche iba cayendo:

A pares y nones
vamos a jugar,
la que se quede sola
esa perderá, ¡hey!

Los papalotes

En los meses de febrero y marzo, o en cualquier otro, no importaba, lo único relevante era que soplara el viento, los papalotes eran lo más popular. “Vamos a elevar papalotes”, se decía y ahí íbamos, a donde hacía aire.

Su confección era a la par sencilla y divertida. Principiaba uno por surtirse de los materiales: tejamanil, papel de china, engrudo y corbatas u otro utensilio para la cola, amén del imprescindible cáñamo o cuerda lo suficientemente fuerte para soportar los tirones del papalote, o “papelote” como también decíamos.

Proveernos de los materiales nos llevaba por intrincados vericuetos, verbigracia ir a los viejos mercados, y eso era un verdadero carnaval de colores, olores y ruidos inigualables. ¿Se acuerdan? En ese caleidoscopio de noble comercio se reunían vendedores de diversos artículos. Ahí veíamos montones de frutas de la temporada, algunas abiertas a la mitad o con surcos para la prueba. También, a los vendedores ambulantes ofreciendo mil chácharas. Y algo para recordar: el monótono son de la vendedora de jabón: “Peso, a peso... peso, a peso... peso, a peso”, voz que el vocinglerío circundante nunca acallaba.

Escribió Pablo Neruda: “Si quieres conocer a México ve a sus mercados”. Los tianguis ofrecían vendedores de ropa de todo tipo, perorando cada uno a su manera las bondades y el precio de su mercancía. Y si uno pasaba ya anocheciendo, veía al género humano femenino en la tarea de surtir su guardarropa íntimo a la hora del crepúsculo.

Y corríamos de la cerería a las tiendas de por ahí a comprar el papel de china y la cera de campeche. ¡Y no se nos ocurriera entrar al centro de la nave del mercado sin haber desayunado!, porque los olores a cecina frita o chorizo harían decir a nuestro cuate: “—Ya se me hizo agua la boca”.

Y peor aún sería ver la confección de un “taco de cargador”, con sus tres tortillas en hilera, su aguacate, la sardina, las papas fritas su... mejor ni seguir, porque lo del papalote iría a parar con quien vendía esas apetecibles vastedades.

Nos cruzábamos con los puestos de fierro viejo, estampas de películas del viejo oeste con venta de tuercas, clavos, rondanas, llaves stillson y sabrosa plástica entre vendedores y amigos, al calor del magro sol de febrero.

Y bien, ya tenemos todo: tejamanil, papel de china, cáñamo y harina para el engrudo. Y ahora a construir.

El papalote más sencillo y conocido se hacía cortando a la mitad el pliego de papel y embadurnando el tejamanil con engrudo. Entonces se colocaban dos tiras diagonalmente. Así podía quedar, empero, para hacerlo más fuerte, otros poníamos tejamanil en los cuatro lados del papalote. De los extremos salía el cáñamo y en la parte inferior, la cuerda en donde iría la cola.

Para la multicitada cola se usaban corbatas que ya no se utilizaban, aunque también eran buenos los pañales o los calzoncillos de cualquier miembro de la familia.

Ahí navegando va un barco de papel en el mar del cielo. El velerito, impulsado por el aire, se contonea a más y mejor, y moviéndole la cola a las nubes quisiera zafarse de la cuerda para alcanzar a Dios.

Se tenía cuidado en atar bien el lugar de la unión con la bola o el cilindro de cáñamo, y a la primera ráfaga de viento, ¡a correr en sentido contrario!, y allá va el papalote, primero con trabajos, luego ¡arriba con un tirón! Y por fin elevándose y perdiéndose.

Los más socorridos para elevar papalotes eran los cerros, aunque todo valía. ¿Qué les parece el Zócalo del D. F.? Pues ahí también.

En toda la república y en cien lugares existe lo que genéricamente se llama el cerro del calvario.

El nuestro fue sede de reñidas competencias. “A ver quién llega más alto”, pues algunos grandes papaloteros hacían difícil la decisión de los jueces cuando terminaban su carrete de cáñamo y los demás veíamos hasta allá, retelejos, ese pequeñito papalote, ese puntito que, hasta dónde, ¿hasta dónde estará?

Cuando el aire soplaba con fuerza era una hermosa sensación sostener la cuerda, y sentir cómo, al impulso del viento, el papalote quería llevarnos con él. En ésas, con el vendaval y la cuerda tirante, mandábamos recados al cielo. Simplemente a un papelito le hacíamos una rotura y lo colocábamos en la cuerda. Y allá va el papelito subiendo. Y a veces hasta con

un recado escrito: “Cuida a mi papá”; “Luis y Petra”; “Me saludas a mi abue María”, a esa viejita chula a la que quisimos tanto y mamá nos decía que estaba en el cielo.

¿Y las guerras o juntas de papalotes? Siempre la saña: en la cuerda del papalote se ponían navajas —“cortas”— para trozar la cuerda del otro. Se juntaban los papalotes, en el aire rebrincaban, revoloteaban como gallos de pelea. Y, de pronto uno, el de la cuerda trozada, se elevaba un poco para luego caer vertiginosamente, en algún tejado “de por la calle de Villada”.

—Papalotito: si llegas al cielo salúdame a quien no he podido olvidar... ¿Sí?

El yoyo, el trompo y el balero

¿Por qué voy a tratar juntos a estos tres juguetes? Sencillamente porque en nuestro tiempo los tres iban de la mano, pues eran contruidos de madera por nuestros magníficos artesanos de San Antonio la Isla y Santa María Rayón.

Para orgullo nuestro, los turistas extranjeros que venían a los tianguis los adquirirían con gusto, pues, hay que decirlo: había juguetes tan bellamente hechos que en lugar de jugar con ellos, ganas daban de colocarlos en el mejor lugar de la sala.

Cuántas veces, al venir de un viernes de tianguis, mamá se encontró, además de los ingredientes del taco de plaza que había ido a comprar, a un reluciente, multicolor y polícromo trompo. Ahí vean a nuestro juguete junto a los acociles, aguacates, chicharrón y bien embadurnado de requesón. ¿De dónde había sacado los sesenta centavos que costaba? Al taco de plaza le iban a faltar, seguro, papas de agua y cilantro.

Y entrando en materia, vamos a hablar del yoyo. Éste era de madera y bien pesado. En toda su circunferencia tenía diversos dibujos y muchas veces palabras: recuerdo o México. Ese entrañable juguete era lucidor aunque poco práctico, pues costaba mucho trabajo bailarlo. No era nada parecido al aplastado, bien bailador y dormilón, Duncan

de ahora; nuestro humilde yoyo de madera es quizá reconocido, con dolor nuestro, como el único juego superado por la técnica jugueteril transnacional. Error. ¿Superado? Su belleza estriba en su intrínseca sencillez y en su barato precio.

Enredarse en una cuerda, subir y bajar al impulso leve, levísimo, del nudo enredado en un dedo, quedarse dormido rozando el suelo, ése era el quehacer del yoyo.

Nuestros yoyos de madera no eran muy populares, pero eso sí, tenían —aunque corta— su temporada. Ya después, una compañía refresquera hizo la revolución yoyera y, alegritristón, mi recuerdo vuela preñado de un querer llorar por aquel campeón que con el yoyo y la vida hizo maravillas. Y otra vez retorno al ritual clásico: bailábamos el yoyo lanzándolo hacia abajo con fuerza y luego lo subíamos jalando ligeramente de la cuerda atada al dedo. Era todo. Nada de perrito dormilón o la estrella... nada. Sólo abajo y arriba. Pero qué bonitos eran con sus letras grabadas, sus dibujos y sus colores que relumbraban al sol.

El trompo, de pesada madera, era otro cantar. No dudo en colocar a este juego y a sus cultores como algo fuera de este mundo.

Imagínate lector que no jugaste trompo y pinta bien en tu cerebro los cuadros que vas a leer. Un gran círculo marcado en tierra o pavimento y dentro de él varias monedas. Y observa ahora al tirador, apretando la jareta en cada vuelta que da circundando al juguete; rápido, bien fuerte, y ve cómo va apretando, apretando. Termina de envolver la cuerda y míralo ahora colocar al trompo de cabeza y ve cómo lo lanza con fuerza. Zzuuummm, zumba el trompo. Y sin per-

der tiempo, capta al jugador echarse salivita en la palma de la mano y recoger el trompo zumbador del suelo. Ahí está el trompo dormido, y zumba lanzando a sus alrededor cientos de átomos de saliva. Y ve ahora —pero ve bien— cómo el jugadorazo del trompo con mirada de águila le apunta a una moneda del círculo. Tira y ¡clic!, hasta allá va a dar la Josefita que, a veces algo chueca, va a caer debajo de una ventana en la que una abuelita cuenta-cuentos mete a buen resguardo a sus canarios consentidos.

¿Lo viste todo? Pues ahora échate este teco a tu morral, lector que no jugaste. Hubo tan diestros jugadores, que —oye bien— sabían bailar el trompo en la palma de la mano sin que el juguete tocara el suelo. Cierto, lo lanzaban al aire, jalaban la cuerda y el trompo quedaba zumbando en la manual pista de carne. ¿Quién juega? Y de a trompo perdido. Decían estos expertazos. Media vuelta, ¡ya!

Seguiré diciendo que a nuestro trompo le dábamos un toque personal. Le poníamos la punta con un clavo o tornillo, lo lijábamos en las lajas, o sea, le quitábamos lo bronco; ésto era para que la punta perdiera lo áspero, porque levantar un zumbante trompo bronco nos exponía a que este taladrito nos borrara una raya de la M de la palma de la mano.

Y nada, ahí nos tienen en la banquetita lije y lije la punta, hasta hacer un trompo sedita, un trompo que al levantarlo sólo cosquillas hiciera. Lo lanzo. Zzuuum. Rebrinca, retiembla, zumba. ¿Y a qué más jugar? Al igual que la tapa, había la puya y el teco, y también de un círculo sacábamos monedas o fichas. O se jugaba a romper el trompo del otro o de a trompo perdido.

¡Zumm! La punta hace cabriolas en el pavimento o rasca la tierra. Los novios, viendo que la noche llega, se esconden en el quicio de un zaguán. Zumm, otro trompo se chispo-tea y rodando pega en un bote de basura. De la pileta de la vecindad viene el ¡clap!, ¡clap!, pues alguien saca cubetadas de agua. Zum, smch. El trompo zumba y los novios se besan.

Ahora vamos al balero.

El balero que también vendían los mismo artesanos tenía una temporada larga y era súper popular. El chiste era —es— nomás hacer capiruchos, o sea que el hoyito del balero entre en la punta del palo... o al revés.

Esto que hoy es celebrado albur, en nuestros tiempos ni en cuenta. Antes, ni un melifluo asomo de implicación sexual; hoy la introducción necesaria para la continuación de la especie conlleva doble sentido.

Algunos chavos a la punta del palito le ponían guarda-puntas, que era para guardar las puntas de los lápices o de las plumas, pero al palito del balero le embonaban muy bien. Aquí hacíamos caso omiso de la pintura del balero, porque lo lijábamos y cubríamos todo nuestro cilindro de madera con estoperoles. Los jugadores ventajosos agrandábamos más el hoyo. Se decía que era de “excusado”. “—¡No juego!”, decía el otro.

El balero da una media luna y entra exacto en el hoyito.

—¡Maríaaa!... dónde andas, escuincla. —La voz de una respetable dama sale detrás de una carcomida puerta. La niña aparece arrastrando a una muñeca de trapo.

—Sigo... 45, 65...

El jugador continúa haciendo capiruchos. La mamá apapacha a su hija y ésta carga su muñeca.

Lo común era jugar “un cien”, con cuatro, tres, dos y un viento, terminado con el palito. Y contábamos así: cinco, veinticinco, cuarenta y cinco..., si el capirucho daba toda la vuelta. En cambio si tirábamos de a viejita, que era el balero subiendo en línea recta, el capirucho o la coronita sólo valía diez. Al llegar o pasar el cien se tenía que gritar: “¡Paso!”. Si no se cantaba, el olvidadizo escuchaba la voz del otro: “—¡A cinco!”.

A los excelentérrimos jugadores se les decía que eran “bien vagos” y a los maletones nos decían “carpas”. Había tan buenos jugadores y tan seguros de sí mismos que retaban: “—Quién se echa un cien de a palito y de a balero perdido. Quién, quién”. Sólo otro bien vago.

Imaginen una procesión interminable de chavos pululando por esas calles de Dios. ¡Dong!, ¡dong! El viejo reloj de palacio da las dos de la tarde. Como en una postal surrealista, vean a ese montón de chavos al mismo tiempo hacer la media luna y ¡pom!, doscientos, quinientos capiruchos se hacen. E igual: el balero en la mano y el palito volando y ¡pac!, el coro dice: “—¡Gané!”.

Ah, y que no se me olvide hablar de los baleros de bote. A falta de dinero conseguíamos un bote y un palito. Hacíamos un hoyito al bote, jareta con un nudo tapando el hoyito, atada al palo, y a jugar.

El que no le atinaba a estos baleros era un verdadero carpa, de a de veras, de cuerpo entero.

Y a la salida de clases de la “Lázaro”, de la “Justo” o de la recién inaugurada “Aleman”, los baleros hacían sus ondas

en el aire y las voces: “¡Paso!” “¡A cinco!” “¿Quién se echa un cien?” surcaban el aire de entonces. Por eso hoy reto a los de entonces: ¿quién se echa un cien?

Jugando en las calles

Jugar en las calles era común, pues el paso de un auto era un verdadero acontecimiento. En el día jugábamos un montón de juegos, hasta cansarnos: gallito, la pluma, la matatena, canicas... muchos juegos, pues, pero en las noches, los postes, con su mortecino foco en lo alto, servían como centro de reunión de amigos. Debajo de esa luz y rodeando el delgado poste de fierro, conversábamos, sacábamos a colación cuitas mil y nos comunicábamos los últimos acontecimientos del barrio. Y más, los más escondidos secretos salían a la luz... del poste, claro.

Esas bolitas que casi han desaparecido por culpa de la televisión, los celulares, los nintendos y las compus, *endevantes* nos propiciaban una tonificante comunicación. Ahí comentábamos la llegada del circo:

—¿Ya viste al Gran Barton? Híjole, ¿tú *cres*?, se para hasta arriba del circo en un solo dedo.

—N'hombre, habías de ver a Trucson, el gorila. ¿Y qué me dicen del "globo de la muerte"?

Los circos Atayde y Beas Modelo, al igual que la carpa Noriega, y los títeres de la compañía Rosete Aranda nos cautivaban con sus espectáculos. Y cuando se iba a levantar la sesión, poco se hablaba y el ánimo estaba a la altura de las

banquetitas que había. El más grande del grupo o el más sagaz volvía a darle luz a la reunión, animaba todo al sacar a colación, como un susurro, un tema que empezaba: “—¿A que no saben cómo se hace para...?”. Y el aprendizaje sexual —nimio, magro— hacía su aparición. Y a todo esto, ¿a qué jugábamos en la noche? Caray, pues era el montón de juegos, y era mucha la inventiva, verbigracia Los encantados.

Era “a todo mecate” jugarlos. Se escogía al poste como base, y a correr. Si alguien del otro equipo nos tocaba, quedaba uno engarrotado en ese lugar y entonces tenía que venir un compañero a desencantarnos.

La calle medio alumbrada dejaba ver a dos ojos luminosos que se nos venían encima.

—¡Carro!, ¡pérense!

Y mientras el automóvil del ricachón de la calle pasaba con un pasajero rico-pobre, niño triste que nos veía sudar como tigres tras la presa, ya habíamos planeado encantar al más gordito.

Pero para qué seguimos contando juegos nocturnos si la rica veta lúdica en posteriores capítulos nos dará más material, mejor anotar que en esas noches, antes de ir a la casa a escuchar, por la XEW, *La hora de los aficionados*, *Los catedráticos*, *El monje loco: Nadie sabe, nadie supo...* O, si era más temprano, *El tío Polito*, y viendo pasar el hermoso cuadro de la tía con la canasta del pan, ya habíamos pactado jugar a Las escondidillas. Y antes de empezar este juego no resistíamos la tentación de pedirle a la siempre amable tía un ojo de pancha, una reja, una chilindrina, un cocolito de anís o un polvorón, y ya con el pan seco en la boca procedíamos a jugar.

Las escondidillas

“—¿Ya?”. Preguntaba la o al que le tocaba buscar. Silencio absoluto. “—¿Ya?”... Nada. De pronto, más como pujido que como auténtica voz, se escuchaba desde el fondo de un barril de petróleo: “—Yaaa”. Y el que buscaba, ¡a buscar!

Estábamos inmersos en el juego de Las escondidillas, que en ese tiempo y por la existencia de enormes caserones era súper, archidivertido, porque había tanto lugar para esconderse: atrás de las pilas de llantas, en los cuartitos de trebejos, entre los macetones y sus aromáticas selvitas, atrás de la pileta y esa variedad estimulaba nuestra inventiva.

Sí, cierto, imposible jugarla en los multifamiliares, palomares de ahora, o con un niño que ni se mueve por estar matando karatecas en su “cel”.

“—YAA”. Se oía el lejano grito y empezaba la búsqueda. Se pasaba por el lavadero, siempre cubierto en su interior de fina lama verde que a la mano hacía resbalar. Se pasaba por la cocina con su pared repleta de enormes cazuelas y jarritos formando caprichosas figuras en la pared. Se hurgaba debajo del brasero, se continuaba buscando en la recámara, debajo de las camas de latón. Y así se seguía buscando por toda la casa. Había quienes se escondían tan bien, que si nuestro aliado

buscador hubiera sido Sherlock Holmes, trabajo le hubiera costado hallar a la chava o al chavo fugitivo.

Un lugar ideal, a la mano y de tan obvio que confundía al oponente, era la cama sin hacer. Se colocaba el audaz debajo de todas las cobijas, sin mover un solo músculo, deteniendo la respiración y esperando que el otro pasara de largo. Tenía su sacrificio: soportar la oscuridad absoluta y el olor nada parecido a la loción que usaba papá después de rasurarse. Pero se usó tanto que llegó a ser lugar común. “—Ah, ahí estás, ¡sal!”. Y esconderse entre las cobijas perdió su chiste.

Como dije antes, mil lugares había y siempre aguantando la respiración donde quiera que estuviéramos, deseábamos del enemigo escuchar su incapacidad para encontrarnos, con un grito: “¡Me doy!”. Anotaré de paso que había una variante de este juego a la que llamábamos El bote. Este juego, jugado en barrio humilde, era así:

Se colocaba un bote en medio de un círculo que formábamos los que jugábamos. El que iba a buscar quedaba acostado, tocando con la mano el bote o viéndolo simplemente. Entonces se contaba hasta diez o más, según la oscuridad de la calle. Y en ese tiempito ¡todos a correr y a esconderse a toda velocidad y sin hacer ruido! Por la premura, caíamos en lugares increíbles, como detrás de un pestilente bote de basura o junto a la puerta entreabierta del “Tres”, que en ese momento hacían retumbar a la vecindad con su bronca semanaria. O, simplemente por no darnos tiempo de nada, quedar tirados en el piso “a ver qué pasa”.

Después, el encontrado pasaba a encontrar.

Otra variante consistía en aventar el bote de parte de uno de los que se iban a esconder lo más lejos posible. El que iba a buscar no podía hacerlo hasta no tener en su poder el dichoso bote y, en ese trocito de tiempo, todos a correr.

Este juego era mixto, aunque la mayoría de las niñas se resistían a jugarlo, prefiriendo su famoso juego del Avión.

Caleidoscopio de juegos visuales

En los mercados, de entre el montón de chucherías que vendían, había unos cubitos de cartón, que dentro tenían espejitos. Costaban diez centavos y funcionaban de tal manera que, por la abertura que tenían, veías lo que arriba estaba. Muchos usos le dábamos a este pequeño hexaedro, imagínense qué se veía, además del cielo y su gorro de nubes.

Estos singulares objetos eran parte de los juegos visuales de entretenimiento. Y aquí, lugar muy especial lo tienen los bellos, ingeniosos y poéticos caleidoscopios.

Desde la escuela nos enseñaban a construirlos. Se hacían, o se hacen, pues son juegos de siempre, usando tres vidrios rectangulares y que uniéndolos formaban un prisma triangular. Luego colocábamos un fondo traslúcido, pedacería de vidrios de colores, oritos y espejos, luego se cubría con cartón, formando un cilindro y, por fin, lo decorábamos por fuera según nuestra vena artística.

Y ya hecho, al ver por la ranurita, ¡qué figuras se formaban!, ¡qué iridiscencias multicolores tan bellas se presentaban a cada vuelta del cilindro! Se formaban cuatro gajos de naranja, arriba de ocho rubíes y en medio dos triángulos morados, todo salpicado de trocitos de oro y plata. Y al dar

vuelta, ya era otra figura y otra y otra y otra y no terminaba eso nunca. Todas las figuras eran hermosas y la posterior superaba o parecía superar a la anterior.

“—¡Mira ésta!”. Gritaba el de junto: “—¡Ve!”. Estático tenía su caleidoscopio y, aunque en el trayecto la figura hubiera cambiado, no importaba, resultaba también hermosa.

Viendo por la rendija, nuestra imaginación volaba a inconmensurables alturas. Antes de leer en la *Divina Comedia* la visión del paraíso, nuestro caleidoscopio ya nos había dado un avance: coronas de flores, salpicaduras de perlas, todo aparecía. Y por estar viendo las maravillas que el caleidoscopio ofrecía, pasaba inédito que, junto a nosotros, otros preferían echar volados con los caramelos repetidos.

Al alimón con los cilindros de ilusión, los álbumes con estampas para pegar nos transformaron en gambusinos de lo casi imposible.

Llenar el álbum era una odisea, pues si éste era de artistas de cine, la estampa de Marlene Dietrich, *The Blue Angel* la bautizaron los mayores, no se encontraba ni con lupa, en cambio John Wayne o Linda Darnell aparecían en todas las bolsitas.

Y hubo álbumes para todos los gustos: del cine mexicano, de aviones, de historia sagrada. Y, por cierto, que de este último álbum, Judas Iscariote era bien buscado, no por la ley, sino por escaso, en tanto que Salomón estaba bien repetido.

“—Ya, ya, ya, ya”. Pasaba uno rápidamente el montoncito de caramelos a la vista del otro. Seguía uno mostrando los caramelos del grueso fajo: “—Ya, ya... ¡no!”. Y Jorge Negrete con un gallo quedaba congelado en la mano.

—¿Cuántos repetidos quieres? —Y el trueque se hacía.

—Mira... ¿eeh? —Los que ya habían despertado al sexo con ojos de lascivia mostraban a las rumberas. —María Antonieta Pons, Rosa Carmina *Tongolele*, a medio vestir.

—¿No quieres verla?

Y el todavía inocente apuntaba:

—Ya las tengo repetidas.

¿Y recuerdan cuando vino como una moda espectacular el cine en tercera dimensión? Bien vaciado: se compraban junto con el boleto de entrada unos lentes que tenían para cada ojo un color, eran verdes y rojos, creo, o azules y rojos, quizá. Entonces el espectador, al colocárselos, veía cómo las figuras se salían de la pantalla. Era bien chispa ver en el butaquerío lleno, un montón de anteojudos llenando el cine de exclamaciones. Recuerdo que la escena de la montaña rusa hacía gritar a más de tres espectadores.

Esta técnica la llevaron también a los cómics y era de película ver a las figuras borrosas en el cuento como si estuvieran sobrepuestas y después, al colocarse uno de los singulares lentes, veía las figuras de bulto. De pronto un feroz tigre nos saltaba de la revista.

Duró poco esta moda pero causó furor. En los cines incluso exhibían un carteloncito: “Prohibida la entrada a personas muy nerviosas o enfermas del corazón”.

Otra diversión visual era lo que llamamos el cinito.

En las papelerías comprábamos pequeñas y gruesas libretas en donde practicábamos la técnica de figuras en movimiento. Dibujábamos en cada hojita diversas figuras, que iban con pasmosa lentitud cambiando de posición.

De una a otra página, la figura poco a poco cambiaba de su posición. Arduo trabajo, pero al terminar: la sorpresa. Se pasaban rápidamente las hojas de la libretita y la figura se movía. El dedo gordo hacía pasar con rapidez las hojas y las figuras dibujadas pacientemente adquirirían vida.

“—¿Quieres ver cinito?”. Se decía, y ahí estaban en el cuadernito las figuras corriendo, moviendo las manos o haciendo guiños.

También hacíamos cinitos horizontales: era una cajita como pantalla con dos aberturas a los lados por donde pasábamos con rapidez la tira dibujada, que según nosotros era la película.

Pero nada nos hacía soñar tanto como los caleidoscopios y sus figuras fantásticas que nosotros habíamos ayudado a salir.

Motivos lúdicos de celebraciones

Es bueno decir que si cada época del año tenía sus celebraciones, así también eran sus aditamentos lúdicos, motivos y motivaciones que había para nuestro solaz.

En Semana Santa, celebrada antes con absoluto silencio, vestimenta negra y sollozos, no faltaba niño sin matraca y, ya fuera de hojalata o de madera, grande o pequeña, ruidosa o afónica, todos teníamos una matraca. Incluso en los días importantes de la Semana Mayor, el jueves y el viernes, las iglesias llamaban a los oficios religiosos con enormes matracas.

Desde el púlpito de la Tercera Orden, la voz del orador nos fustigaba por los pecados cometidos. Su voz retumbaba en el recinto sagrado. Los golpes de martillo que enterraban los clavos al salvador del mundo eran enmarcados con singular magia verbal. Y al terminar el sermón de las Siete Palabras no quedaban ganas de pecar ni con el pensamiento.

A los niños, al salir del templo y tratar tibiamente de darle vuelta a nuestra matraca de madera, quién sabe por qué nos daba por alejar la vista de las estampas de la lotería de feria que nuestro juguete tenía en los extremos, pues irrespetuosamente nos recordaban al pregonero de la lotería “de

maicitos” verde, blanca y roja, bella como el día: ¡la sandía! ¡No te tengo miedo! ¡vente!: ¡el valiente! La cobija de los pobres... ¡el Sol! Y en esos días, lo dicho: no quería uno pecar ni con el pensamiento.

Y el Sábado de Gloria, después de llevar a bendecir el agua, ya podía uno asistir a la tradicional y bien concurrida quema de judas. Esta celebración profano-religiosa tenía su dosis de crítica social, pues la figura del traidor que iba a ser quemada en muchas ocasiones representaba a alguien que había defraudado la confianza del pópulo. Qué malo que no exista ya esa sanísima costumbre. A la quema de los judas acudíamos en tropel, pues al tronar y despedazarse la figura —por cierto, hecha con singular arte— en su explosión dejaba caer un montón de juguetes y ropa que, como mastines tras una presa, todos nos disputábamos.

El sol de septiembre, a las once de la mañana, caía a plomo, pero sin importar eso, una abigarrada multitud ya estaba colocada en las aceras de las calles, por donde pasarían en unos minutos más los contingentes, en la clásica parada del 16 de septiembre.

Éramos pequeños actores del drama del desfile y el corazón en verdad nos latía más fuerte. Desfilábamos desde cuarto año de primaria y era un honor. Además toda la familia apostada, quién sabe dónde, nos iba a ver pasar. Desde temprano, ese día había ajeteo en casa: meter el “diablito” al boíler, o encender la leña entre cuatro buenos tabiques que sostuvieran el bote alcoholero, darnos grasa, untarnos buena ración de vaselina en el pelo o, si no..., “te echo limón pa’que se te aplaquen los gallos”. Y, al final de todo, el rito de coser

el escudo de la escuela en medio del pecho, más bien junto al corazón.

Pocos orgullos se igualaban al de dar vuelta por Independencia y tomar Belisario Domínguez. Cansados pero contentos, ya dábamos vuelta por Lerdo para enfilear al antiguo Palacio de Gobierno. Pasos largos por ser más pequeños y, de pronto: “—¡Miren, ahí va!”, y desde la abuelita con el paraguas para el sol, hasta el que apenas caminaba, nos aplaudían. Se nos hacía un nudo en la garganta y alzábamos más la cara y marcábamos el paso más fuerte. Y al romper filas, ¡al Portal! y ahí, a comprar del montón de juguetes que vendían: cornetas, cascos verdes de cartón, espantasuegras, antifaces...

Bien surtidos estaban los puestos, pues había también coronitas de reina, máscaras, diademas, confeti, huevos. Un mundo de objetos.

Ahí en el Portal y después del desfile del 16, como le decíamos, al ser ya adolescentes tuvimos los primeros *flirts*, y por ahí también surgieron en este carnaval los primeros y firmes brotes de insurgencia femenina. Sucedió eso cuando sin más le plantaban un huevazo en la choya a un caballerito y, todavía más, en la escasa pelambre a causa del casquete corto, le repartían el confeti de la frente a la nuca. Esas espulgadas a los de primaria nos sabían a gloria.

Día de Muertos, Corpus Christi, calaveritas de azúcar, borreguitos y mulitas. Más que juego, golosinas. Esqueletos rumberos y calacas con mandíbula carcajeante o la cajita de muerto con un hilo colgado y, al jalar éste, el muerto se levanta abriendo la tapa de la caja. Y lo que era de dulce, poco a poco a comerlo.

En cada ámbito especial de la república había celebraciones (cada quien hará su minilibro de recuerdos): los niños tarahumaras tras de una esfera, los mazahuas y otomís haciendo figuras de palma, los de una rancharía preparando en la escuela la kermés en donde de a mentiras se iban a casar. Quienes vivían en Michoacán siendo niños iban a bailar como viejitos...

¿Y Navidad? No creo que las piñatas, afortunadamente no pasadas de moda, encajen bien en este rescate, pues ya hasta se internacionalizaron. Además, sobre ello mucha gente ha escrito y a fe mía, excelentemente. Verbigracia, en el Hospital Infantil de la Ciudad de México, una pintura del genial Diego Rivera es un verdadero poema de colorida piñatera emoción.

Las fiestas navideñas de antes eran un verdadero agasajo de alegría. Se sentían más esas fechas y para los niños eran una continua diversión los nueve días de posadas.

Queda puntual decir que recordar es vivir: en las calles del centro se colocaban muchos puestos hechos de tablones y mantas. Ahí vendían multitud de objetos no muy aceptados por los adultos: cuetes, buscapiés, brujas y carrilleras chinas. La gente adulta compraba las piñatas y la colación, nosotros, niguas. Comprábamos esos objetos detonantes y, además, los escupidores que alumbraban de noche con sus “yemas de huevo” luminosas.

Antes, en las iglesias nuestras y hablando de pólvora, se terminaban las celebraciones al Santo Patrón con los castillos y el torito. Y aunque no alcanzara para el castillo siempre había torito.

Esperábamos la salida del torito. Lleno de luz, de ruidos, de sorpresas, corría de aquí para allá. Las exclamaciones salían y los más audaces nos acercábamos como toreros en plena lidia. Y tocábamos al toro y una que otra quemada sacábamos.

También ya casi se ha perdido el palo ensebado. Era un gran morillo enmantecado al que había que subir en fila india y por estaturas, y así un montón de chavos, por riguroso turno, no querían sólo subir sino llegar a la cúspide. Y valía la pena: en la punta había cajas de zapatos, suéteres, balones y más cosas. Pero el problema era llegar. Los más listos subían descalzos y se colocaban tierra en toda la ropa para atacar al resbaloso sebo.

Ahí va un chavo subiendo, lentamente, muy lentamente. Pone sus pies bien fijos en el palo, las manos abrazan con furia al palo. Puf... abajo.

Y luego otro y otro hasta que al fin, el más diestro, audaz o con uñas de acero llegaba a la punta y desde ahí lanzaba lo ganado.

¡Hurra!

Botes, madera, granos

El hogar que contaba con teléfono era un frijolito negro en enorme cazuela de arroz. Los números eran de cuatro cifras: 34-07, por ejemplo. ¿Y te acuerdas cómo eran?: pesados, largos y con bocina de metal. Ericsson, decían.

Pero la chiquillada, aunque en casa no tuviera teléfono, bien que se lo hacía. Tomábamos dos botes, un hoyito en el centro, jareta, el nudo para que no se saliera y ya.

—¿Cómo estás?

Casi gritábamos. Estirando la cuerda, nos colocábamos el bote en el oído para escuchar la respuesta que venía con el viento:

—¡Bien!

De botes también hacíamos pequeños zancos. ¡Clanc!, ¡clanc!, atronaban el espacio, cuando caminábamos con ellos. Simplemente eran botes colocados debajo de la suela de los zapatos y bien amarrados a éstos. ¡Clanc!, ¡clanc!, ¡clanc!, se oía en el patio de cemento.

¡Shsh! Desde el mullido sillón de la sala nos callaba el adulto, dibujando una sonrisa al vernos y volvía a su lectura. A la apasionante lectura de *The Spirit*, aquel historietón policiaco. ¡Aaaag!, las letras rojas ocupaban casi toda la

hoja y en el extremo inferior izquierdo, bien pequeño, el detective azul de antifaz se llevaba la mano enguantada a la cara. El reino del cómic: *La familia Burrón, Los supersabios, Los cuentos de Walt Disney*. Cuántos aprendimos a leer con esos cuentos.

Y no se me olvidan los juguetitos de madera, por ejemplo, la pelea de box. Eran dos boxeadorcitos, colocados frente a frente, que en medio tenían un botón. Se apretaba éste y entonces se movían los peleadores y, más que ellos, sus sueltos brazos, que parecían aspas de molino. ¡Qué *peleyones* causamos!

También había la pareja de novios. La hacíamos de cupido. Los rostros, bien pintaditos en la madera blanca y ligera, estaban alejados, como si no se quisieran, entonces apretábamos el botoncito de madera y las caras se juntaban en algo que parecía un frenético beso de amor.

No olvidar a los juguetes que arrastrábamos empujándolos en el piso. Eran ciclistas, changuitos nerviosos o payasitos tamborileros: tomábamos el palo y con la técnica de la carretilla empujábamos el juguete, entonces el ciclista pedaleaba, o una figura tocaba el tambor. Si se hacían con la tecnología maderil matraquera, el ruido característico llenaba el espacio: ¡trrrr!, ¡trrrr!

¿Y qué más?, aquí los helicópteros aparecen. A un palito bien redondeado, que arriba tenía dos aspas — como rehilete, pues — le hacíamos molinillo con las palmas de las manos y lo soltábamos y ¡ahí va hacia arriba!

Volamos nuestro helicóptero en el mero centro de la ciudad y voló... voló y quedó en esa saliente de nuestro querido

cine. Y ya no nos pudimos fijar, cuando demolieron el cine Coliseo, si en su enorme y recia cornisa todavía estaba nuestro helicóptero.

Todas las ciudades, pueblos y hasta rancherías tenían su cine consentido. Aquellos munditos en los que vimos pasar el mundo, hoy son jacalones sin vida, estacionamientos o nada. Ni modo.

“Los palomos se casaron y se van de la ciudad, currucú, cu, cu, currucú, cu, cu”. ¡Caray, cómo era popular Cri-Cri!, pues nada más con ver comer a los pichones —que en muchas casas había—, nos acordábamos de la canción. Y qué curioso, que además de comer nosotros hartas semillas como los palomos —pepitas, habitas, garbanzos, etc.—, también les descubriéramos otros usos. ¿Se acuerdan de los rojos colorines, que frote que frote en el suelo se calentaban? “—¡Ten!...”, decíamos al otro. Y quemada al canto. ¿Y los frijolitos saltarines? ¿Qué se habrán hecho? ¿Qué demonios se habrán hecho? ¿Y las brujas? Que también se les decía así a los sin-dinero. Las brujas eran garbanzos con pólvora envueltitos en papel de china, que al lanzarlos con fuerza ¡cómo tronaban!

¿Y los arvejones plateados? También se lanzaban al piso con fuerza, pero a modo que corrieran, y ahí iban, quemándose solos, tronando, y en la noche como luciérnagas escandalosas, dejaban una estela de luz.

Empero, otras motivaciones podrían hacernos cambiar nuestra brillante idea de alumbrar lo oscuro con los arvejones de plata. Por ejemplo, los juegos de feria y, en especial, la Ola, que quién sabe por qué siempre tenía más gente haciéndola

funcionar colgada de ella, que la que, seráfica y seria, iba sentada arriba.

Y subiéndome a la Ola, recordaré a los humildes juegos de feria de tracción humana o animal: en la Alameda, un burrito jala a un trenecito repleto de niños que dicen adiós; por el zócalo, un gusano de lámina con puros chavitos de kínder es jalado por una maquinita que se quiere parar. Y cuando esto pasa, un gordito entra al quite empujando.

Y lo que más nos atraía: la carpa de títeres, el hombre de las nieves o la mujer araña, cuya voz quejumbrosa —milagro del sonido— se oía hasta afuera de la carpa: “—Toy así, por no obedecer a mis padres”.

Los patines, la reata, las plumas

Así como hemos hablado de juegos proletarios, justo es hablar de los juegos que jugaban los burguesitos de la colonia: los patines, los trenes eléctricos y las bicis, que en ese tiempo eran *boccato di cardinale*.

Eximiré, por no formar parte intrínseca de la esencia espiritual que movió este trabajo, a los juguetes caros y de poca inventiva, como los trenes eléctricos Lionel, conocidos por la plebe sólo en fotografías. Haré lo mismo con las bicicletas, las cuales sólo podíamos alquilarlas en sesenta centavos la hora y dejando una prenda, en el jardín de los Mártires o en la Alameda.

Los patines eran más asequibles a los Melchores y Baltazares de ese tiempo, aunque sólo servían para los que vivían en las calles pavimentadas.

¿Patines en terreno de barro, lleno de piedras y lodazales? Eso, aunque los patines fueran Torrington finísimos, cuyas ruedas contenían pequeños y relucientes baleros y con un pequeño empujón del dedo quedaban un ratito girando. Eran patines de acero, sin frenos. Ahí vas a toda velocidad ¡y agárrate de unos barrotes garigoleados! Ahí nos ven campaneando y luego frotando las manos.

Se organizaban carreras: hubo en el paseo Colón y bien valía la pena aguantar los catorrazos que se daba uno para aprender a andar bien en ellos y competir. Y ya siendo un as, se ofrecía uno para ir por todo: por limonadas Spur Cola, por velas de sebo, por chocolates Canónigos para la merienda o por cualquier menjunje, la cosa era tener un motivo para andar en los patines, lucirlos y sonarlos, con su ruido de pequeño tranvía.

Qué a todo mecate era ir en los patines a comprar bolsitas de pinole, pepitorias, alegrías o capultamales. Sentir el aire frío y llegar ilesos con nuestra mercancía, dando una vuelta en redondo, era retebién suave.

¿Y otros juegos caros? La verdad puede que alguno se nos olvide... Los Meccano podrían también ser y no muchos más, la verdad. La mercadotecnia o no sabía o no había visto el filón jugueteril. La tele estaba en pañales, o mejor decir: no existía, y el dinero no hacía al juguete, verbigracia estos tres de pura imaginación: la reata, rayuela y plumas.

Más las niñas que los niños jugaban con la reata. Lógico. A saltarla, haciendo un círculo imaginario. Dos niñas en los extremos haciendo mole y otra evitando quemarse.

¿Quién agarró mi lazo del tendedero? La voz materna se perdía en el vocinglerío vecindero. Tas, tas, tas, la reata chico-tea en el vil suelo. ¡Mole! Y las manos bailan frenéticamente a la reata. Un simple lazo haciendo arabescos en el suelo y las sombras de las niñas moviéndose en el piso del patio.

Se ha creído que la rayuela ha sido privilegio exclusivo de los lares adoradores de la bebida que popularizó la reyna Xóchitl. Error. No solamente en las pulquerías se ha jugado

con asiduidad y pasión el juego de golpear la pared con las monedas. Nosotros lo jugamos de a buti, sólo que lo llamamos “cuarta” o “taches”. No era difícil: la moneda golpeaba la pared, tratando el jugador que su moneda quedara mínimo una cuarta de distancia de otra moneda. Así ganaba.

Lo decisivo era a la hora de medir. Y parecerá magia blanca o brujería negra, pero a más de un buen rayuelista vimos estirar los dedos como si fueran de chicle. Veíamos todos a las monedas bien separadas: “—Mm... imposible”. Entonces, concentrado y jalándose los dedos, el jugador tocaba increíblemente con pulgar y meñique a las dos monedas. Así ganaba un quinto, un diez o... ¡un veinte! Jugar de a veinte contra alguien, que por ganar hacía estos actos de Fu-Manchú, era un verdadero error.

En muchas de aquellas casas criaban gallinas y en los terrenos baldíos crecían jaltomates, que eran parecidos a los capulines, y que como se daban a flor de tierra no nos costaba trabajo cortarlos y devorarlos con avidez, y comiendo jaltomates, jugábamos a la pluma. ¿Por qué?, quién sabe, pero era bien entretenido irle sople y sople a una pluma de gallina.

—¡Ya llegaron los títeres a la plazuela de El Carmen!

Y pensando en ir en la tarde a ver a la fabulosa compañía Rosete Aranda seguíamos a la pluma en su vuelo. ¿Cuánto apuestas a que luego al lavadero en tres soplidos?, y la pluma ora se elevaba, ora tendía a bajar y con un ligero soplido volvía a elevarse. Y quien sabe por qué, la comparábamos con aquella plantita diente de león, que es una esfera de estambres blancos, frágil y suave y que al soplarle con fuerza expande

a todos los puntos su lluvia de estrellas: miles de luceros blancos en aquellos días de luz.

Puf... volvíamos a soplar y la pluma o la frágil pelotita se deshacía o volaba al sol.

Y ya fuera en carro de pedales de niño rico o persiguiendo una pluma de niño imaginativo, oíamos a Emilio Turo inundando con la canción a la vecindad: “El dinero no es la vida es tan sólo vanidad...”

La típica y el aro

Si hubo juegos de barrio bravo y proletario, éstos fueron la típica y el aro. Fuera de discusión está que las canicas sean universalmente conocidas o que el diábolo sea muy antiguo, pero si de rescatar se trata, está la típica.

La típica es una combinación de golf y béisbol: a un pequeño pedazo de madera, grueso en el centro y extremos terminados en punta, se le tiene que golpear con otro palo mayor; ah, pero antes de dar el estacazo, se golpeaba con suavidad una punta del palo pequeño, éste se elevaba y ahí, ¡zass!, dábamos el batazo para mandar al bolillo de madera lo más lejos posible. Se fijaba la meta de antemano y el que primero llegaba era quien triunfaba.

La típica tenía gran aceptación entre los niños. Los callejones de tierra o el campo raso se prestaban para el juego, no así las calles del centro de la ciudad con su circulación de autos y personas.

Había que cuidar que la típica volara con el estacazo lo más lejos posible y que en su camino no golpeará transeúnte inocente y, además, que no se volara a una casa o que cayera en un hoyo.

—¡Ya cayó en un charco!

—No le hace... ¡Vooy!

Y la típica se eleva con agua y lodo y zas, queda bailando en la punta de un maguey.

Dando una y otra vuelta, volteemos al recuerdo del aro. Rodar el aro significaba un continuo ejercicio para quien lo practicaba y sólo necesitábamos eso: un aro, que se obtenía de las llantas de desecho. Eran aros negros de fuerte hule y todavía con blancos hilitos sobrantes colgando. Por cierto, que de esas llantas también sacaban suela para zapatos muy baratos y durables, de llanta, les llamaban, e identificaban sin más a los chavos tiernos provenientes de hogares pobres, que no éramos pocos.

Y pasaban velozmente cuadros de la ciudad cuando golpeábamos rítmicamente a nuestro aro o poníamos un alambre que terminara en forma de U, y corriendo y jadeando recorríamos un montón de lugares.

En nuestra correría con el aro, veíamos las carbonerías con sus enormes colas para adquirir el encino o el bofo, y corre que corre tras el aro, nos cruzábamos con los carros de mulitas que recogían la basura, y que venían desde Capultitlán, al igual que las repartidoras de tortillas con su chiquihuite a la espalda. Pasaban también las alacenas del portal con su paraíso de almibarados manjares y podíamos incluso, corre que corre, ver cómo otros niños jugaban al Burro dieciséis y oíamos con trabajos en nuestra carrera, fragmentos de la letanía: “Dos, patada y cos. Cinco, desde aquí te brinco”.

Y corre que corre, tras el aro.

El burro

El juego del burro era eminentemente callejero. Aunque lo podíamos jugar en la escuela, en la casa o en todo lugar. Sabía más en la calle. Se podía jugar, incluso, en el salón de clases, aunque ser descubiertos por la maestra nos llevara a sufrir algunos de los castigos tan en boga entonces: hacer guardia a la bandera, quedarnos sin recreo o escribir en el borrador (cuaderno de hoja corriente y bien grueso) cien letreros que generalmente rezaban: “no debo jugar en el salón, no debo jugar en el salón, no debo jugar en el salón, no...”

Este juego tenía variantes: Burro corrido, Burro lechero y Burro castigado, llamado también Burro dieciséis, a resultas de una singular letanía, que en renglones posteriores recordaré.

La modalidad que más jugué fue el Burro corrido. Consistía en colocar la cabeza inclinada hacia adelante, con las manos enlazadas sobre la nuca. Acto seguido venía raudo el de atrás y limpiamente nos saltaba. Hay que decir que al dar el brinco, el saltador se apoyaba en la espalda del burro. Terminando de saltar, le tocaba a uno colocarse de burro. Se formaba así un rápido y avanzante gusano humano en las calles. ¿Cuántos podíamos jugar Burro corrido? El número

era bien elástico: tres, cuatro, cinco,... trece, catorce o más niños.

Así se iba avanzando rumbo a casa, aunque el gusano humano fuera disminuyendo al ir desertando del juego los que por ahí vivían.

Huelga la explicación de porqué si salíamos de la escuela a las cinco de la tarde íbamos llegando al umbral del añoso zaguán cuando la noche principiaba. Sudando y con un ligero dolor en el cuello, nos escabullíamos de las preguntas adultas, mientras las hermanas con amigas acompañantes ya tenían una hora de repetir: “A las estatuas de marfil, uno, dos y tres”.

Pero el burro no nada más era brincar y ya. El juego tenía su jerigonza muy especial. Existen varias versiones. Después de acuciosas investigaciones que nos llevaron por los intrincados vericuetos de las mentes añejas más diversas, llegamos a la conclusión de que la letanía que ustedes leerán era la más común. Además de que no solamente se repetía en el Burro dieciséis, sino en el Burro corrido.

Aquitá:

Uno. Le brinca a mi burro; o, le brinco a mi mulo.

Dos. Patada y tos.

Tres. Marín con tres o hilito de San Andrés.

Cuatro. Volando jarro o jamón te saco.

Cinco. Desde aquí te brinco.

Seis. Otra vez.

Siete. Te pongo mi bonete.

Ocho. La cabeza te mocho.

Nueve. Te saco la nieve o copita de nieve, sabor de...

Diez. De aquí a un mes o te pica el ciempiés.
Once. Caballito de bronce.
Doce. La viejita cose.
Trece. El burro se crece.
Catorce. La vieja tose.
Quince. El diablo te trinche.
Dieciséis. Angelitos a correr.

Repito: existen varias versiones. Tan difícil como hallar un parámetro económico de uno a otro régimen, así sucede con las cantaletas que usábamos en este juego. Algunos eruditos exjugadores discrepan sobre todo en el dos, el siete y el trece. Ellos sostienen en una interesante tesis, no exenta de razón, que la recitada correcta fue: dos, patada y coze; siete, te pongo un cuete, y trece, el rabo te crece. Hay otros que afirman que se decía: siete, el que me tire se flete.

Eludiendo polémicas, yo me someto, con mi versión ya anotada, al juicio sereno de la historia.

Lo prohibido y el honor

El tener un amigo era un acontecimiento que debía signarse: “—¡Chócala!”. Y las manos, naciendo amigas, se estrechaban con fuerza.

Ahora, que si se transgredían las reglas del honor infantil, el transgresor no podía seguir siendo nuestro amigo: “—¡Cór-tala!”, se le decía y uníamos los dedos índice y pulgar, para que al pasar su dedo, cortándolos, deshiciera la amistad.

Y casi siempre al terminar una amistad se hacía lo mismo con los amigos del examigo, producto de una serie de secretos e intrincados enlaces amistosos. Ésta era una de aquellas hermandades que formaban parte de nuestros códigos secretos.

Otra era el valerse. Difícil ponerlo como juego. Y menos cuando fue prohibido, empero importa consignarlo porque todos lo practicábamos.

Y bien, ¿qué era valerse? Era comprometer nuestro honor, nuestra persona, nuestra valía como machos en una determinada lid de viveza y aguante.

Hablaré más claro para quienes no lo practicaron: valerse era hacer un pacto, un trato verbal con uno o varios compañeros para, legalmente y con recíproco permiso, poder golpear, dejar parado, quitar, exigir o hacer algo al otro.

¿Qué internas motivaciones hacían que un enorme conglomerado infantil cantara la misma tonada del honor y del valerse? Sepa la bola, pero lo cierto es que en la paletería Élite, echando volados en el ABC, en los columpios de Zaragoza o en las entradas y salidas a clases y al recreo, debíamos estar bien truchas con la mano en la sien pidiendo licencia.

¿Y a qué se podía uno valer? Por ejemplo, valerse de a cuarto. Significaba que a determinada hora —podía ser al cuarto para la una— se podía, sin previo aviso, lanzar un mandoble al hombro del compañero valido.

El que primero se ponía trucha o abusado era el que lanzaba el golpe. Ah, pero no se podía golpear al que tenía licencia. Ésta consistía en colocar uno o dos dedos en la sien. Acontecía entonces que al toque de las entradas y salidas del recreo, la multitud de *validos* con los dedos en la sien semejaban multitudinario y respetuoso homenaje a la bandera. Y no lo que eran: fanáticos conversos de la religión de valerse.

Había variantes: se podía uno valer de engarrotados, de a cuarto bombero, de a numerito de caja de chicle, o de bolsa derecha.

Al abrir las cajitas, los chicles Adams tenían numerito. En esto último, alguien valido con nosotros nos gritaba: “—¡Bolsa derecha!”, y todo lo que ahí hubiera pasaba a su poder.

Y recuerdo, aunque me disguste, ensimismado con el último cuadro de los títeres de Rosete Aranda regresaba a casa, y el grito resonó:

“—¡Bolsa derecha!”. Y el pensamiento nos heló la sangre: “—En la torre, lo del pan”.

Jugando con papel

Lo repito: nuestros juegos no costaban nada, o costaban muy poco. Por ejemplo, todos los que se relacionaban con el papel. En cualquier parte hallábamos este material. Podía ser de periódico, de estraza y, aunque suene irreverente, hasta del cuaderno escolar. Con el papel confeccionábamos avioncitos, barcos, carteritas, matapijos, palomas, etcétera.

Comenzaré con botar un barquito, cosa sencilla pero hartamente divertida. En los meses de lluvia y después de que ésta terminaba y sólo olor a tierra mojada dejaba, ¡cómo era tonificante al espíritu infantil colocar la nave de papel en los riachuelos que se formaban e ir siguiendo a nuestro barco pirata! Y cuando el río se ensanchaba y la corriente era más fuerte, con qué cuidado evitábamos que nuestro barquito terminara sus minutos despeñándose en una atarjea y ni las piedras impertinentes evitaban la continuación de la valiente travesía, pues nuestros dedos siempre iban en auxilio de la nave. Y recorriendo el riachuelo efímero íbamos conociendo la peculiar geografía de nuestras calles y al ir bajando el caudal —notable porque el barco varaba a cada momento—, nos dimos a la tarea de escribir nuestro nombre en la tierra mojada.

¿Y el barquito? Allá va, perdiéndose en el mar del mundo.

Los aviones de papel, igual, no eran difíciles de hacer, pero bien lo sabíamos desde ese tiempo, que más que hermosos, más que tener buena presencia, debían ser buenos para volar.

Los especialistas en elaborar aviones que mil piruetas hacían pregonaban que el éxito radicaba en la pesadez de su punta.

¡Ahí va el avión volando! Se eleva, da dos piruetas y aterriza exacta y puntualmente entre la oreja y la sien de la maestra. A poner cara de santo y a ver qué es lo que depara el destino. O si no, ¡a correr!

De papel también hacíamos unos utensilios picudos que se colocaban en los dedos. Les decíamos “sacapijos”. Cabían en cuatro dedos de las manos y eran cuatro picos en los que terminaba. Lo mostrábamos antes de introducirlo entre los cabellos del amigo y le decíamos enseñándolo limpio: ¿quieres ver si tienes piojos? Acto seguido hacíamos como que le espulgábamos la cabeza y luego mostrábamos la parte donde había motitas ya dibujadas de antemano: “—Mira, uh, cuántos piojos tienes”.

De hojas de papel o cartoncillo hacíamos futbolitos. En la hoja que simulaba la cancha de fútbol dibujábamos la portería y a los jugadores, éstos en forma rectangular más delgados de lo largo que de lo ancho, de tal modo que quedaran los equipos frente a frente. Luego con una navaja de rasurar recortábamos rectángulos que eran los jugadores y las porterías, poniendo especial cuidado en recortar bien estas últimas. Ya dispuesto el escenario, hacíamos bolita un

pedazo de papel y a ese balón lo colocábamos en el centro de la cancha. El *quid* era soplar la bolita a modo de sortear a los jugadores enemigos y no caer en el hueco que quedaba y al portero para marcar gol; labor harto complicada porque había que soplar con mucho cuidado. Si la pelota salía de la cancha o entraba en el hueco de un jugador contrario, el turno era de éste.

Nos pulimos e hicimos futbolitos cada vez más perfectos y, por ejemplo, la gasa que cubría los curitas era la red y el mejor balón, que con un soplido casi volaba, era el que hacíamos bolita del filtro que empezaba, según los fabricantes, a hacer elegantes a los cigarros.

Juguetes de doctrina y piedras

Y en ese tiempo, dijo la catequista a los niños: “El que se aprenda más oraciones, gana más boletos para cambiarlos por juguetes”. (Versículo único de cómo ganar juguetes en la doctrina.)

Antes, los sábados en la tarde, para el párvulo católico era día de doctrina. Quienes no habíamos hecho la primera comunión, al tañer de la campana, acudíamos prestos.

—¡Apúrate que vas a llegar tarde!

Y al entrar al templo nos recibía una desigual catarata de oraciones repetidas en coro. En una hilera de bancos, repetían:

—Danos hoy nuestro pan de cada día y perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores...

En otra hilera, como compitiendo por dejarse oír mejor, repetían:

—Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

Y en otra fila, por cierto de puros pequeños, se oía:

—Todo fiel cristiano está muy obligado a tener devoción por la santa cruz...

Y así, desde los pequeños hasta los más grandes y avanzados —que ya repetían sin equivocarse los artículos de la fe— usaban la inocente repetición verbalista.

En nuestra tardía llegada y al correr a nuestro lugar, el choque de las canicas en la bolsa nos delataba:

—¡Sin ruido, sin ruido!, siéntate y síguele con todos.

Y tomábamos el camión de la repetición:

—Fruto bendito, de tu vientre, oh clemente...

Pero no todo era repetir. Lo bonito venía después, cuando la seño Angelita, sonrosada y hermosa, nos platicaba con inigualable amenidad, diferentes episodios bíblicos. Sólo su voz rompía el delicado algodón de azúcar del silencio de la iglesia:

—Y fíjense ustedes que Jesús Niño se les perdió a sus padres. Búsquelo y búsquelo y nada. ¿Y dónde creen que estaba?: ¡platicando con los doctores!

Y seguía la narración con color y belleza descriptiva. Se nos hacía un polvo el tiempo y, al terminar la narración, lo único que nos quitaba el dolor de no seguir oyendo eran las recompensas que daban a los que habíamos acudido. A la salida, además de una buena ración de recortes de dulce, nos daban unos boletos amarillos, azules y rojos, con un determinado valor y que luego cambiaríamos por juguetes. Así era: en determinados sábados se hacía el canje de esos boletos.

Cada color tenía un valor y no sólo los ganábamos por la asistencia a la doctrina, sino por ir aumentando el caudal de oraciones. El día señalado se colocaban varias mesas repletas de juguetes con una tarjetita con su valor: una pelota grande de esponja valía dos amarillos y un rojo; una carretilla, tres

verdes y un rojo; una muñequita de trapo, tres azules; una bolsita de canicas agüitas..., etc. Claro que por ganar parte de este jugueterío, nos urgía aprendernos todo el catecismo del padre Ripalda.

Cuando era sábado normal, sólo salíamos de la doctrina con recortes, de los cuales comíamos algunos, guardábamos otros para los hermanos pequeños y jugábamos a las piedras. Para jugar este juego procedíamos a buscar una piedra bien redondeada, manejable y ligera. Lo mismo hacían los otros y ya todos armados con ese aditamento: ¡a jugar!

Simplemente era golpear una piedra con otra. Al tirar tratábamos de pegarle a la piedra del compañero más cercano. Buscábamos, empero, no pegarle de lleno, sino de refilón, con cierto efecto de “cascamochón” pues, para que después de golpear, nuestra piedra continuara su carrera y terminara en el lugar más lejano posible, pues la segunda parte del juego consistía en que el dueño de la piedra golpeada nos tenía que cargar desde su piedra hasta el lugar en que había parado la nuestra.

Nos hicimos expertos al tirar, pues no recuerdo descalabrados. Ah, pero puede que ello haya sido porque antes de tirar decíamos a toda voz: “—¡No respondo chipote con sangre, sea chico o sea grande!”.

¡Qué sábados los del canje de los boletos en la doctrina! Ese día, por tener juguete nuevo, no jugábamos a las piedras. Y aunque sólo un trompo nos tocara, ¡cómo lo gozábamos!, pues Dios, ¡sólo Dios!, sabía el trabajo que nos había costado ganarlo.

De negros zopilotes y albos palomos

Nuestra madre tierra no sólo sirve, supimos de niños, para germinar la semilla y alimento darnos. No solamente nos servirá para arroparnos en el viaje final, sirve también la tierra para jugar, y todo lo que por inferencia le corresponde: arena, barro, grava, agua. Claro, agua para hacer lodo. Y, por cierto, esto de jugar con lodo nada de gracia hacía al señorero adulto, por tener la virtud de transformar al niño, de albo palomo en negro zopilote.

En la tarde, los enormes, circulares y bien tejidos canastones llegaban a la panadería. El equilibrista ciclista se quitaba la dona de trapo de la cabeza o de la choya, como decíamos, y con la dueña de la panadería repartía el pan en el lugar correspondiente.

Benny Moré se escapaba por la ventanilla del enorme Chrysler, con todo el volumen del radio abierto: “La múcura está en el suelo, mamá no puedo con ella, me la llevo a la cabeza, mamá no puedo con ella. Es que no puedo con ella...”.

Y pan, tarde tibia y ritmo formaban la escenografía de jugar con tierra, de formar carreteritas por donde el camioncito de madera u hojalata circulara, de hacer cuevitas en la arena húmeda, ¡huy!, cómo traspasaba la humedad hasta el

cuello y cómo el chavo descuidado sufría el puño de arena en la espalda, que le hacía mover los hombros como epiléptico; de construir castillos en que arriba un palito de paleta hacía de asta bandera. Y de juegos mil: de barro y con paciencia hacer caras, manos, casas, pies. Y también de ensuciarnos bien y también de desparramar la arena o grava del vecino constructor.

Ah, y si había llovido, la diversión era mayor, pues en la tierra húmeda se podía fácilmente dibujar. “—¿Qué no dice «cabrón»? Dile, dile”. Y el que iba en segundo presumía. En esos terrosos pizarrones se aprendía el infinito mundo de la comunicación escrita y el poema de dibujar y de construir.

En la tarde el tiempo pasaba y cómo llenaba el corazón de tristeza el silbato del tren de las seis, que desde la estación, quién sabe por qué, se oía en todo el pueblote. Obvio: cuando el pueblo creció, el silbato con otros ruidos se revolvió.

¿Y el domingo, qué? En contrapunto a tierra y lodo, ese día era de limpieza.

No me crean, pero ese día de baño —una vez a la semana— era un sufrir. Salía a jicarazos el chocolate de la mugre y salía limpio el rostro bonito, verdadero, de los niños.

Y no era buen domingo si limpios de cuerpo y alma, después de oír misa, no escuchábamos en la Alameda los toques marciales de la banda del estado. Y no era domingo sin globos, las tres llamadas a misa de doce, la nieve del Zepelín y el saludo de los mayores que todos se conocen con todos, y “todos conocen a mi papá”, y por las estrechas calles se veía el saludo del caballero, inclinando ligeramente la cabeza,

mientras el Tardan o el Stetson dejaba momentáneamente su lugar, con el saludo a la dama: “A los pies de usted”.

Y a todo, ¿a qué jugábamos el domingo? Jugar, jugar, como quien dice, a bien poco, pues los mayores nos hacían el honor de su compañía y no se podía uno ensuciar la ropa.

En las tardes, del enorme radio salía metálica, sugerente, la voz de Paco Malgesto. Dormitando, los adultos varones escuchaban la gangosa voz: “Se acerca... midiendo el terreno... y ahora da el pase de la firma”.

Recuerdo que en esas narraciones, nuestra mente, sin pizca de alma torera, nos mostraba a Procuna con un metro de albañil y signando la arena con su enérgica firma.

Omitiendo problemas taurinos, mientras el adulto saboreaba la crónica de toros, uno desempolvaba el caballito de cartón. Y a correr.

En la adolescencia picante, los domingos eran de cine y nos servía de guía lo que las iglesias marcaban según lo prohibido: A, B o C. Adivinen qué películas se nos hacían más interesantes. Y había que apurarse, porque las películas duraban en cartelera máximo tres días.

Antes, con la unión familiar, ¡qué domingos, señor! Aunque no se cumpliera el deseo adulto de que en ropa y pensamiento immaculados llegáramos al final del día, menos viendo una película C... que hoy podría pasar en la barra infantil de la TV.

La comidita y los juegos de té

De barro y en dimensión menor que los trastes verdaderos, vendían para el infantil género humano femenino los llamados trastecitos: las ollitas, los platitos, un molcajetito... todos los utensilios para jugar a la comidita en preciosas miniaturas artísticas hechas de barro.

¡Clap!, ¡clap! Pasaban volando patos silvestres hacia el sur y un viento suave movía de lugar a las nubes. Las niñas le echaban agua a la tierra y hacían lodo; otra iba por piedras, arenas y pasto seco.

—Comadrita, ¿me presta tantito arroz?

—Cómo no, comadrita, aquí tiene.

Según, confeccionando la comida, las niñas se echaban hacia atrás las trenzas y guisaban sabrosas vituallas: con una cucharita acomodaban el lodo en una cazuelita y en una hornilla imaginaria cocían pedacitos de tabique revolviéndolos de tanto en tanto.

La mamá venía del lavadero y colocaba la ropa recién lavada en los tendedores; abría el lazo y ahí metía los calcetines chorreando agua.

—Comadre, aquí tiene la sopa.

—Gracias.

Del trasterito salía la vajilla y de la mente, la charla, la inventiva; media tarde jugando a la comidita. Hasta casi la noche, chismeando, conociéndose, inventándose guisos.

Dentro de la casa, ya más en serio para tomarla de a de veras, se hervía agua con té del monte o manzanilla o cedrón y sacando el juego de té, se servía el caliente líquido acompañado de las clásicas galletas Marías. Los juegos de té de aluminio venían en enormes cajas envueltas en papel celofán.

—¿Ya hicieron la tarea?

—Yaaa

—Comadrita, ¿gusta más té?

—Y como le iba diciendo... A ver, niña, tienes que comer.

Y sentando bien a la muñeca de trapo, con una cucharita de plástico se le daba una probadita de lodo... perdón, estando en la sala, se le daba un traguito de té.

Cuando empezando el año se mandaban las cartas a los santos reyes, era común que las niñas pidieran trastecitos con su respectivo trastero y juguetitos de té, lo que ocasionaba un dinerillo más a la industria juguetera de aquí y un ahorro para Baltazar.

La palita remueve a la tierra en el sartén —¿el o la sartén?—, las cucharitas suben y bajan de boca a plato simulando estar en un banquete. Era la copia al carbón del gesto y la conversación de las antiguas y verdaderas amas de casa y el montón de patos, golondrinas, güilotas y demás aventureras aves que seguían pasando y de paso veían jugar a las abuelas de hoy.

Quemados, húngaras, zancos

La pelota de esponja lentamente se acercaba a la hilera de siete hoyos perfectamente bien horadados. Pasaba de largo sin entrar en ninguno, retachando en la pared y, ya de regreso, penetraba en el hoyo que estaba cerca del poste de fierro.

Entonces el dueño del hoyo en que había entrado la pelota, presto y veloz, tomaba ésta y la lanzaba con fuerza en contra de la desperdigada flota de chavas y chavos que a todo correr buscaban desesperadamente esconderse para no ser *quemados* al ser golpeados por la pelota. El que resultaba quemado ponía una seña en su hoyo y le tocaba ahora lanzar la pelota, a ver en qué hoyo entraba. Y vuelta a empezar.

En ésas estábamos en el juego de los quemados, cuando alguien daba la voz de alarma: “¡Ahí vienen las húngaras!”. Y todos a correr, y a correr, ahora sí en serio. En la veloz estampida no reparábamos en que la pelota de esponja hubiera quedado en el campo de juego. Y si alguien regresaba por ella, justamente merecía la corona de valiente.

Esa llegada de las húngaras era todo un acontecimiento, pero ¿por qué ese nombre si en realidad eran gitanas?, sepa la bola, lo cierto era que la noticia corría por toda la ciudad como reguero de pólvora y el temor hacía presa en toda la

escuinclada. Y, desde una rendija del zaguán y como conejos asustados, las veíamos llegar a la casa con sus collares y brazaletes relucientes.

—¿Te adivino la suerte?

Y sus largos vestidos con estampados de colores chillantes, cual enormes paliacates, nada más se campaneaban.

—¿Te leo la palma de la mano?

Y ya estábamos tras las faldas o pantalones adultos protectores y queridos.

Sucedía pues que alrededor de las famosas húngaras se tejían negras historias: que se llevan a los niños, que les cortan las manos, y más historias, tan negras y crueles como imaginación tenía el chismonarrador. Y así, intempestivamente, como venían se iban, dejando culpable seguro de la pérdida de persona, mueble o dinero.

No salíamos de casa y en lugar de montar el potro aventurero del juego callejero nos quedábamos encerrados y descubríamos de paso que el mejor Equanil para la mieditis aguda eran los juegos de mesa. Jugábamos Timbiriche, Lotería de maicitos, Oca, Serpientes y escaleras, Coyote o Damas chinas.

Tratándose de la llegada de las húngaras o de tener anginas o catarro, quedarnos en casa tenía sus compensaciones. Una era la llegada del repartidor del *Cancionero Picot*. Raudo y buscando cualquier resquicio de la casa, lanzaba la revista. Y nosotros, al momento, a leerla.

Nos gustaba leer las peripecias gastronómicas del panzoncito Chema y enamorarnos de su consejera (¿novia?), la mexicanísima ojoncita Juana. Las minihistorias

versificadas pregonaban las bondades de la conocida sal efervescente.

Y después le dábamos duro a la cantada, pues nos sabíamos la letra de casi todas las canciones.

Otra forma de gozar la vida era cantar. Con el cancionero en la mano soltábamos el chorro de voz: “Farolito que alumbras apenas mi calle desierta...”. Brillante época de nuestra música popular. ¿Y qué otra cosa hacer en casa? Por ejemplo, jugar con los zancos. Bien difícil hacerlos uno mismo y, por lo tanto, las carpinterías aumentaban su cuota de chamba.

En los zancos de pronto crecíamos, nos hablábamos de tú con las nubes y los de abajo eran liliputienses congéneres. Aunque trabajo costara aprender a caminar, pues al principio las caídas eran pan de a cada rato y las extremidades inferiores formando una A no permitían avanzar un centímetro siquiera, realmente nos sentíamos con complejo de superioridad.

Y luego, ya siendo expertos, ¡las cosas que descubríamos viendo por las altas ventanas!, y los sustos que dábamos a los de dentro de ellas. Muchas intimidades bien interesantes descubrimos que, por supuesto, la decencia nos impele a no propalar.

Lugares, flechas y hondas

Existe una relación muy estrecha entre juego y lugar, así como muchos de los juegos que jugamos quedaron en el recuerdo, así también los lugares en que los jugamos ya no existen.

¿A dónde quiere ir por el recuerdo? Por las calles llenas de espinas milagrosas y nostálgicos pregones del barrio de la Cruz, en Querétaro. En la periferia de la iglesia de San Diego —ascua dorada, barro colorido—, en Morelia. Jugando burro en las callecitas de tierra de Jerez, Zacatecas, o afuera de Santo Domingo en Oaxaca, haciendo chiras con canicas de barro negro. En Toluca, en el atrio de la iglesia de San Sebastián, jugando a los encantados... o en la mera capital del país, en el corazón de la colonia Guerrero, toreando a los tranvías que pasaban traqueteando con sus tijeras agarradas de cables de luz.

Las calles de la gran ciudad, donde andabas jugando y jugándote la vida, eran antítesis de lo que en pueblos o rancherías o en las orillas de la misma ciudad, jugando con franciscana paz en las simas o las cimas, vulgo, hondonadas y cerros.

Las simas se conocen como barrancas y ahí a sentirte libre y en paz: sólo natura y tú.

En provincia caminas un poco y ya llegaste al lugar que se presta para la aventura: era una gran hondonada cubierta de maleza, pedruzcos, árboles enanos y, en tiempo de lluvias, en el fondo hasta un arroyito se formaba. De la fauna, qué decir: lagartijas, escorpiones, chuparrosas, mariposas, sapos, ratas de campo, y hubo quien asegura que alguna vez hasta un conejo vio. También vimos aves de carroña o pájaros aventureros que bajaban a inspeccionar el lugar.

Las famosas barrancas —de donde fueran y póngales nombres: el hoyo, la cañada...— tenían los ingredientes necesarios para jugar a explorar, a cazar o a guerrear. Y para cualquiera que fuera la actividad, no debía faltar la flecha o la honda, artilugios imprescindibles. Confeccionábamos la flecha, cuya horqueta, hallada en las ramas de los árboles del rumbo, debía ser resistente y fácil de conformar. Con una navaja la íbamos puliendo y, cerca del límite de las puntas, hacíamos una profunda incisión circular para ahí meter la jareta unida ya a la gruesa liga de llanta y ésta, a su vez, unida al pedacito de cuero donde se ponía la piedra que se iba a disparar. El retrato escrito que me serviría para mostrar a los exploradores y cazadores, no sólo de nuestra barranca sino de todos los baldíos y campitos, sería así: los zapatos sucios y siempre con la agujeta colgando, la camisa desabrochada y sin el botón de la panza, el pelo enmarañado y el pantalón abombado detenido con el cinturón de un adulto, notable por el ojillo nuevo y el sobrante de cuero, siempre estilo látigo pegado al cuerpo. Nuestro cazador tendría las valencianas mojadas o enlodadas, pero siempre remangadas y en las dos

bolsas traseras del pantalón, la flecha, la honda y las piedras, que servirían de parque.

En las barrancas, ¡qué de aventuras vivimos! Bajábamos echando la espalda hacia atrás y los pies adelante tocando sólo las piedras, hasta llegar al fondo. Y ya estando abajo, la emoción de tener un mundo encima. Y a lo que íbamos: los nervios en tensión y el ojo alerta para detectar cualquier ruido o movimiento en la maleza para, veloces, disparar la flecha. Y luego, qué suave recordar el calor sofocante que ahí abajo, en verano, ahogaba. Y la vista hacia arriba que descubría viajeras nubes enmarcadas en escarpados cerros de varios tonos de verde. Y ya inmersos en la aventura, nos animábamos a descubrir variados e increíbles lugares, sin descuidar el *leitmotiv*: cazar. ¡Zas!, sonaba el piedrazo que el eco aumentaba. “—¡Chin!, se me fue. ¡Zas!”, por allá sonaba otro tiro: “—¡Le di!”.

O también de allá lejos se oía al compañero: “—Miren..., ¡qué padre planta!”, y los flechazos u hondazos seguían pegando a maleza, piedra o tierra, pues diré de paso que nos tocó una moralista época en la que, por pulular en demasía, los cazadores de aves, en la escuela, nos hacían repetir un poema de Juan de Dios Peza cuyo final decía:

Ese nido es un hogar,
no lo rompas, no lo hieras,
sé bueno y deja a las fieras,
el vil placer de matar.

Y al recordar el parangón con el hogar, cambiábamos el rumbo del tiro y despanzurrábamos a rata o lagartija que por ahí pasara.

Los riquillos, que se perdían del goce de hacer una flecha, pedían a papi un rifle de municiones, que servía para romper, a corta o larga distancia, relucientes vidrios de elegantes ventanales y, con el diablo en el cuerpo y emboscados detrás de los viejos zaguanes, eran un peligro andante. Debo escribirlo: el rifle y la flecha eran y son peligrosos, igual que la honda; ¡la honda!, que usada como el bíblico David, llegaba indefectiblemente al blanco: zzum, zzum, zzum, vuelta y vuelta cada vez más rápido, el ojo de águila, el músculo en tensión y, ¡fuera piedra! y ¡trac!, en el blanco.

Por eso tener de enemigo a flechero u hondero era todo un riesgo: “hondero o flechero, tiro certero”. Era preferible agarrarse a trancazos con el contrario, aunque éste fuera de barrio bravo, esencia y presencia de excelsitud para los cates. Era mejor mil veces darse con él, que tener de enemigo a alguien que, a larga distancia y sin saber de dónde, nos dejaría fríos, muertos, muertísimos y cadavéricos.

¡Zum!, y descalabrada segura.

Los insectos

Y a que no se imaginan ustedes en ese tiempo a quiénes encarcelábamos los niños. No. A esas personas, no. Tampoco. Ni sabíamos que eso se castigaba.

¿Se rinden? ¿Se dan? Pues encarcelábamos a moscas y congéneres parecidos.

A dos corchos de ficha los uníamos con alfileres formando así una simpática y segura celda y metíamos al insecto, ¡cómo zumbaba! Zzzzzzzz. Nos acercábamos celda y mosca al oído: zzzzzzzz. Hasta cosquillas sentíamos.

Es doloroso comprobar cómo muchos de los animalitos que conocimos y que formaban parte de nuestros juegos ya no existan.

Antes jugábamos con toritos, chapulines, pipioles y libélulas. Había ciempiés, milpiés y chuparrosas. En las vigas de los techos de las casas se formaban capullos que luego eran mariposas. Y hasta las golondrinas hacían sus nidos. Huelga decir que en las casas siempre había torrentes de trinos salidos de las jaulas de los cantores pájaros.

Plantas y plantas. Macetas con flores, toronjil, yerbabuena y romero. Afuera de la paupérrima accesoría

de la humilde vecindad, veinte botecitos con plantas nos sonreían.

En tiempo de lluvias, observar un charco era aprender jugando: lombrices retorciéndose, ajolotes que nos clavan sus ojillos negros, tres mosquitos revoloteando, en aterrizajes casi a ras del agua.

En lugares cenagosos pasamos varias tardes jugando con ranas y sapos, que en buen número había.

Los pantalones de mezclilla con peto, ahora tan de moda, se mojaban hasta el pecho y nos acostábamos sin merendar, cuando en lugar de sacar de las enormes bolsas del pantalón el pedazo de pan duro, saltaba a la mesa un sapo.

Parece invento literario pero *verdá* de Dios que había decenas de ranas y sapos que despertaban con la lluvia y al declinar la tarde o después de llover, buua, qué sensación tan *suavena* sentir su resbalosa y húmeda piel y luego oír la sinfonía croática que llegaba desde los maizales hasta las calles céntricas.

La tranquilidad de espíritu permitía observar a la hormiga en su paciente peregrinar para llevar el alimento a su hoyito ¡Y qué divertido era colocar un hilo a la cola de la libélula, para que en su vuelo fuera nuestro helicóptero viviente! O buscar en las macetas —ya anoté que por montones había— curiosos insectos raros. Detrás de un geranio, con pasmosa lentitud y contoneando por partes su alargado cuerpo, como bandoneón tocador de triste tango, aparecía de pronto el ciempiés. O al cortar la redonda hoja del mastuerzo, que al echarle agua se volvía de plata, bien pegada a la hoja venía con sus puntos en las alas, como hongo de cuento, la

catarinita dócil, que, voluble, podía volar o recorrer confiada todo el dorso de la mano.

Pero hay que decirlo: nada era comparable con subir a los cerros. Era otra cosmovisión y era aventura mayor: audaz descubridor, Magallanes de tu entorno.

Además de correr a los perros a piedrazos y descubrir insectos, era mirar la postal de la ciudad:

—¡Mira. Por ahí está la casa!

—¡N'hombre... ése es el cuartel!

La maestra había lanzado el anzuelo:

—Si pueden vayan a un cerro... ahí hallarán los insectos para su colección.

Y del panorama excelente pasábamos a la labor, empezando por cortar pencas carnosas de maguey, pues ahí irían los insectos claveteados con alfileres.

Aprendimos los trabajos de cortar la punta picuda del maguey, al aparecer decenas de duros hilos difíciles de cortar. Y en lugar de huirles, queríamos que al paso nos saliera un mundo de insectos, sobre todo los que eran más peligrosos. Cuántas veces nuestra saña escondida no se tranquilizó hasta no ver en el palenque de un frasco la pelea de una tarántula y un alacrán. Y, desde ahí arriba del cerro de La Teresona, con el pelo alborotado por el aire, y al ver a nuestra ciudad chiquita y a nuestros pies, saliera el sentimiento de José Luis Álamo:

En tanto tú, Toluca,
rubicunda muchacha,
surgías a mi vista con los matices vívidos

de la más sugestiva de las páginas
de mis libros de cuentos. Desde entonces
te llevo en la retina de mi alma
como multicolor calcomanía
sobre el limpio cristal de la mañana.

Cuerdas, sombras, paredes

En nuestros estanquillos, la compra de chácharas iba de la mano con la adquisición de sabrosas golosinas: blancos y redondos dulcecitos de anís, verdes caramelos de yerba buena, frágiles lagrimitas que, al apenas tocarlas, dejaban escapar su dulzor; y botellitas de licor.

Pero si estábamos hartos de almíbar, otra opción era comprar tres metros de cáñamo o jareta. Mencioné ya algún uso lúdico que les dábamos y aquí va otro: jugar a la cuerda. Uníamos los extremos de la cuerda con un nudo y la colocábamos en las muñecas de las manos. Ahí dábamos una o dos vueltas y con la punta del dedo medio del lado derecho jalábamos la cuerda de la muñeca izquierda. Se hacía la operación cambiando las manos y ya estaba formada la figura base para jugar.

Tocábale ahora al compañero de juego realizar un homogéneo juego de dedos y, sin perder el hilo, pasar a su poder la cuerda, formando una figura. Veíamos la figura, pensábamos e introducíamos los dedos.

—Ahora vas tú.

—Te toca.

—Vas.

Y se formaban diversas figuras con sus nombres: pata de gallo, ojal, pescado, caja de muerto, las paralelas...

En la noche cuando el sueño no acudía y la radio transmitía trágicos radio-episodios, algunos adultos sin humor para escuchar *Cárcel de Mujeres*, que desde su tema musical ponía los pelos de punta, aprovechaban esas horas de la noche para jugar a las sombras.

Fio uuu oo... pitaba en la calle el carrito de camotes calientes con su vendedor encachuchado y su nubecita de vaho, que de su boca salía y romper quería el frío, cuando cerrábamos bien la ventana e íbamos al nocturno juego.

El adulto entonces colocaba sus manos a contraluz y a determinada distancia y en diferentes posiciones iba formando en la pared diversas figuras.

Las sombras hablaban: paloma volando, coyotes aullando, leones melenudos rugiendo. Y de ahí el juego se iba perfeccionando, pues no sólo eran las manos sino todo el cuerpo el que intervenía.

Se sabían interpretar las sombras, aunque a veces se mentía con todas las de la ley.

—Mira..., ¿es una cara verdad?

—Este... sí —aunque el pensamiento dictaba: —No me salió el dinosaurio que quería.

El teatro de sombras de China tenía esbozos en nuestra sala, la sombra se movía e improvisábamos diálogos:

—Te voy a comer.

Los dedos manchaban la pared con algo parecido a las fauces de un león.

—Ni madres.

Y la cara del changuito desaparecía.

También, en noches de insomnio, ¡cuánto influyó en la vigilia la veladora puesta al santo patrón!, cuya llamita en la pared se agigantaba y a cada llamarada nos formaba tétricas figuras. Subía la llama y bajaba, chisporroteaba la cera y en cada fognazo dejaba relampagueantes monstruos en la pared.

Y continuando con las paredes: ¿qué les parece hablar del extinto cine en la pared? Desde el medio día pasaba el carro de sonido de los hermanos Zenil anunciando: “¡Hoy a las siete y media de la noche en la esquina de Galeana y Ramón Corona, gran función de cine, asista con toda su familia!”. Galantería de... (aquí venía el nombre: Palmolive, Tres Coronas, cerveza Superior). Y a las siete y media, con muy buena asistencia de público comenzaba la función. El silencio era roto por el sonido característico del cine: la cinta del celuloide pasando por un hoyito de luz. Se escogía la esquina más *ad hoc*: amplia, limpia y que permitiera el cupo para varios cinéfilos. Diré que algunas veces no se daba en el blanco en tres vertientes. Si la cinta contenía escarceos amorosos, la chaviza, ni modo, a dormir, otra, si no estaba bien lisita, la descascarada pared no nos hacía concentrar bien en la trama y cuando la película era aburrida, nuestra vista recorría la pared en donde se proyectaba, y descubríamos un letrerito que nunca habíamos visto: “Se *proíve anunsiarse y ensusiarse*”.

Las guerras y los episodios

La guerra de pandillas, lanzándonos lo que fuera —ya hablé de los ligazos—, era común. El odio contra los del barrio vecino se mostraba lanzándoles piedras... y el de ellos igual. La terrible guerra a pedradas ¡poc!: “—Esa roca ya mero me pega y ahora me toca lanzar mi misil”.

Ese baldío, escenario de la guerra, era nuestro Normandía y culpa de ello en gran medida se debió a las películas que puso de moda el cine norteamericano, en donde John Wayne o Errol Flynn hacían, con extremada valentía y sin igual astucia, cera y pabilo de sus contrincantes. Así, *Las arenas de Iwo Jima*, *Regreso a Batan* o *Gunga Din*, más de una vez las vimos en gayola del cine municipal.

Y de la continuada vista de este tipo de cintas nos nació un aceptar y hasta celebrar las acciones bélicas del gringo o del inglés, por inferencia dueños de la cinta y, en contrapunto, una fobia y un odio a lo alemán o japonés.

En nuestros juegos, todos queríamos pertenecer al bando de las barras y las estrellas, pues íbamos a ser los seguros triunfadores. “Chino, japonés, come caca y no me des”, el japonés era sinónimo de crueldad, y cobardía, y el alemán de lerdo

y taimado. El norteamericano era el muchacho defensor del bien y con el resto de cualidades.

Igual las películas de episodios en donde semana a semana nos tenían en ascuas por el destino del muchacho o la muchacha.

Recordemos la serie de episodios *El Capitán Maravilla*, un héroe parecido a Supermán, quien para transformarse de pacífico ciudadano en súper poderoso personaje empleaba las cabalísticas palabras: ¡Shazam! Y así, los émulos de nuestro héroe, repetíamos: ¡Shazam! Recuerdo que todos queríamos ser el Capitán; ninguno, los villanos.

Nostálgicos episodios. Retrocedamos en el tiempo, entremos a una matiné y sentados en las duras butacas de nuestros cines humildes, escuchemos al dulcero con su cajoncito y su lámpara de pilas anunciando: “¡Dulces, muéganos, chicles, chocolates, papas, palomitas!” evitándonos ir a la dulcería. El sábado o domingo en la mañana: cupo completo.

Fin del episodio: el Capitán Maravilla, vestido como de civil, yacía inconsciente y con un esparadrapo en la boca, en el asiento trasero del Packard. El auto paraba al borde de un precipicio y los malosos procedían a sacar a nuestro héroe para lanzarlo al abismo. Entonces, éste medio despertaba y se armaba un feroz forcejeo. Ya caía, ya no caía, y el cine quería reventar con los gritos. En una de éstas, los malosos conseguían lanzarlo al vacío y de pronto, y sin ninguna razón, aparecían en la pantalla con rapidez varios números 8, 7, 6,... y el consabido: “Continuará”.

La chifladera se escuchaba desde Mina y Allende hasta Obregón.

Y a los ocho días, otra vez cupo lleno para, morbosamente, ver si el héroe moría. Se repetía la escena: los malosos lo lanzaban al vacío, pero al caer, se tomaba de una plantita que por ahí estaba. Ya se cae, casi, la raíz de la planta se arranca y en un último esfuerzo nuestro héroe se levanta y comienza a lanzar mandarriazos y los chavos del cine a gritar... y así cada ocho días. Por eso cada vez que alguien posponía algo le decíamos: “No me la hagas de episodios”.

La sacralización de la guerra por parte del cine gringo, los emocionantes episodios llenos de violencia y la enorme venta de implementos de guerra, como soldaditos de hule, lanzallamas y portaviones, nos impelían a jugar a las guerras.

Súmele usted a esto, que hasta deshechos de la guerra de Corea, como máscaras antigases, se vendían y encuádrnos como soldaditos ávidos de guerrear.

Jugamos guerras de a piedrazos, de ortigas, de cerbatanas, de taponcitos pop. Claro, que no olviden las clásicas guerras con los soldaditos de hule... o con soldaditos de flor de calabaza.

Cierto: a falta de otros soldaditos, los pobres, o ingeniosos, quizá, usaban como tales a los pistilos que están en el centro de la flor de calabaza.

Cuando íbase a hacer en casa sopa de flor o quesadillas, con cuidado arrancábamos con su tallito grueso de abajo, y que se iba adelgazando en el cuello, a nuestro soldado y además cuidábamos de no romper su casco color naranja, lleno de polen.

¡Qué bien se adherían al suelo!, qué bien quedaban formados frente a frente los dos bandos y qué mefistofélico

gusto sentíamos, cuando al lanzar la canica o el balón hacíamos morder el polvo a un soldadito contrario. Aunque luego diera dolor verlo tirado con su casco agrietado, con humedad en el lugar en que cayó y con polvo de oro a su alrededor.

Las palabras que se fueron

“Matanga dijo la changa”, y pasaba alguien corriendo y el mordisco que iba a la torta de nata ahí quedaba, mientras el que había expresado la frase, perdido entre el montón de escolapios, ya hincaba el diente en el hogareño manjar.

Era ésta una de las tantas frases que usábamos.

Como ya dije antes, cada juego tenía su jerigonza bien propia. Y cada uno de nuestros actos también. Ustedes vean: “Mancha de huevo... tope borrego”, y venía el tope a la frente. “Mira esa mariposa... ¡Ah!, qué gente tan babosa”, y quedaba uno viendo al cielo. “Verde, blanco y colorado, la bandera del soldado; verde, blanco y amarillo, la bandera del zorrillo”.

Eran frases blancas. Y, claro, había unas no tan blancas. Recuerdo que un problema digestivo hipócrita nos hacía dudar de todos. Aunque suene quedo una exhalación del recto, consecuencia de un plato más de frijoles, y que no tronaba, sino que solamente olía, hacía precisa una ley, no muy justa, la verdad, pero sí bien digna de consignar. Alguien del grupo repetía lo siguiente, señalando en cada sílaba a un infantil ente:

—¿Pa-pe-li-to-co-lo-ra-do, di-me-quién-se-ha-ven-to-sea-do, en-la-go-rra-de-un-sol-da-do-que-has-ta-Mé-xi-co-ha-lle-ga-do?

—¡Do!, tú fuiste.

Y a quien señalaba el flamígero dedo de quien había contado era el causante del mal olor, aunque no hubiera sido culpable.

Podías ganarte un buen coscorrón si lanzabas estos verbos:

“Entre melón y melambes mataron un pajarito, melón se comió las plumas...”, y como en esta era de compus, tablets e internet todo se sabe hasta ahí dejo la frase.

Y nadie borró de la pared esta oración: “Si tu padre fue pintor y conservas los pinceles...”

Los puntos suspensivos sirven aquí para que los eruditos de medio siglo para arriba, sonriendo, continúen lo escrito.

Para escoger o lanzar a la flota a correr se contaba así: “Pin uno, pin dos, pin tres, pin cuatro, pin cinco, pin seis, pin siete, pin ocho; toca las ocho con un palo mocho; carrito, lucero, venado y... ¡afuera!”

Ya dijimos: al golpear se decía: “¡Cuartos!”. Decíamos también: “¿Te vales?”, o “voladito para escoger”, cuando se organizaba un partido de fútbol. “¡Uh, tiras de a viejita!”, cuando en las canicas usábamos la uña, o en el balero no dábamos toda la media luna, sino que queríamos que entrara de a brinquito, recto de abajo hacía arriba. Y hacíamos valer nuestra condición proletaria y machista: pareces de la escuela del “Corazón de María”, que era una seráfica escuela particular de riquillos que no se ensuciaban las manos; o “pareces vieja”, cuando alguien no quería entrarle a algo con fe.

Y de veras: no queríamos a los bien trajeados que estudiaban en las escuelas privadas o a los que le sacaban. Y en

verdad, la distancia existente entre una clase especial y otra se reflejaba, además de en los juegos, en el lenguaje usado... y hay de aquel que dijera groserías.

Puedo decir que quienes no gozaban la mayor parte de los juegos que diciendo estamos, eran los económicamente fuertes. Cierto: los marginados eran los ricos. Y mientras en la calle las palabras fuertes de nuestra especial jerigonza estremecían al decimonónico adulto, el niño rico dejaba de pronto de seguir viendo por la ventana, saltaba del mullido sillón de terciopelo, se escapaba de la última frase que quería retenerlo y se presentaba con toda la raspa callejera: “¿Juego?”.

Y ahí, en esa vorágine lúdica, quiera que no, a entrarle al descifre de palabras: “chiras pelas”, “calaveritas”, “cuarto bombero”, “la firma del diablo”, “quicado”...

Lo tengo que anotar: al orinar a media calle, el rapaz movía su miembro viril formando en el piso un látigo líquido... ésa era la firma de Satán.

Palabras como “suavena”, “jambado”, “atarragado”, “cosijoso”, “sosiégate”, y cien más ya se esfumaron. Con los caramelos se usaba el “vive o muere”. En casi todos los juegos de competencia: “No se vale mano negra”. O comprometíamos nuestro honor: “¿Te vales? ¡Juega el pollo!”. Y más palabras, dichos y juegos de honor que ya tratamos. Y ahí va otra lluvia de nuestras palabras que se van: zafín zafado no es perdonado, calaveritas, para seguir calavereando, pinta tu raya.

Se fueron el resto de palabras y otras llegaron: arroba, WhatsApp, tablet, chatear, Nintendo, iPod... ustedes síganle, ¿Ok?

El juego era una esfera

Cuánta razón tienen los que afirman que con algo en forma esférica se divierte cualquier niño. Rodar, girar, botar, estar en todas partes y en ninguna. Una pelota podía ser todo.

En nuestros queridos barrios pobres, ahí donde en el día de la Santa Cruz, en las contraesquinas se encendían luminarias, a veces no había dinero para comprar una pelota. Una pelota de esas que estuvieron tan de moda: bien botadoras y con listones de colores, que servían a todo dar para jugar fut.

Pero si no había dinero se hacían las pelotas, qué caray. En los estanquillos del anuncio: “Hoy no se fía, mañana sí”, comprábamos ligas o jareta. Sólo eso. Luego tomábamos una o varias planas de papel periódico y haciéndolas bolita, las íbamos sobreponiendo una tras otra, hasta que quedaba una bola de tamaño regular. Enseguida, con las ligas o la jareta le dábamos vueltas hasta que nuestra pelota quedaba lista.

Si la pelota era grande, a jugar fut, si no, pues beis o frontón. Ni de casualidad sabíamos cómo se jugaba fútbol americano.

Esferas también, aunque efímeras eran las pompas de jabón, bombitas les decíamos.

Las lavanderas de entonces iban dejando atrás, en aras del progreso, la lejía o el sanacoche y usaban jabón en barras o en polvo para lavar la ropa. Y de ahí salía otro juego: le quitábamos el poco hilo que le sobraba al carrete de la abuela o mamá, guardábamos la aguja quién sabe dónde, poníamos agua jabonosa en una bandeja, y a soplar.

Allá iban elevándose las bombitas hacia el limpio cielo. Algunas se deshacían en la garrocha que elevaba a los cielos todos los lazos del tendedero con su cargamento de ropa masculina y femenina.

Las bombitas más audaces llegaban hasta tía o mamá, en pleno fragor de su lucha con la ropa sucia en el lavadero. Y entonces al estallarle la audaz bombita en la nariz, la voz salía potente:

—¡Ya tomaste otra vez el canutero!, *orita* vas a ver.

Esféricas también son las canicas, las pelotas de esponja, las bolitas de chocolate y esférico, el mundo hermoso que nos veía jugar.

Más bien decir: el mundo hermoso que nos vio jugar.

Las muñecas con sus muñecas de trapo

El enorme radio dejaba escapar la voz de Cri-Cri:

¡Llueve, llueve!
¡Llueve, llueve!
Las gotitas de la lluvia
se dejan caer.
¡Llueve, llueve!
—¡Huy, cómo llueve!
Las gotitas cuando saltan
hacen pim, pim, ponc.

Y enmarañándose en los azahares del árbol de naranja agria las notas pretenden que las hojas bailen.

La niña con su moño morado arrastra su muñeca de trapo. Ahí cerca con sus cuatas van a cocinar sabrosos guisos de piedritas y lodo. Los trastecitos de barro del mero Metepec se van llenando de imaginación.

—Tomaráán dulces.

El vendedor de almibarados manjares que reposan en una tablita va a atraer como moscas a la miel a chavas y chavos que quieren ponteduros, macarrones de leche y alfajor de coco.

Las niñas al cocinar ríen. Los ángeles que parecieran bajar del cielo y llenando con agua de charco la teterita plateada la van a servir en tacitas en un estilo inglés que ¡guauuu!, claro, era actuación, pues el brebaje era imbebible. Ahora Cri-Cri cambia de canción:

Al sonar las tres de la mañana,
los muñecos se bajan a bailar...

Niñas hermosas de antes, eficaces ayudantes de mamá, adoración del padre que con un beso de su femenino ángel, ve recompensado el día de labor. Eficaces ayudas de cámara de la jefa virtual, cuando en El Crédito, en Juárez casi esquina con Lerdo, le dice:

—¿No que le ibas a poner chocolate al mole?

—Ah, sí, ¿*verdá*?

Los angelitos femeninos que el columpio de llanta casi se duermen y juegan el avión, el mole con la reata... pero el proyecto de mamá no deja a su muñeca de trapo; la lleva de aquí *pallá*... y hasta sus sueños alumbrados por la luna están acompañadas por su muñeca de trapo.

Y la sucesora del cariño se duerme bendecida por Dios.

EPÍLOGO

Y de pronto desapareciste muchachita de antier y ya no se pusieron con tus rondas sonriendo las tardes... y tú, chamaquito de antes ya no jugaste más. Ahí en un rincón quedó tu trompo zumbador. A las bombitas de jabón, una ráfaga de viento elevó y no las vimos más. Y al papalote con su cola reluciente le pasó igual: se trozó la cuerda y se nos fue pa' siempre. Y en una escondidilla, al amigo, al hermano bien querido, no encontramos más.

Niña bonita: tus trastecitos de barro se hundieron en los polvos del tiempo. Chavito: te quedaste esperando la respuesta al ligazo bien dado o al cuarto bien asentado. Y ya no hablaste, como entonces, del pela, calacas o zafín zafado no es perdonado. Ni cantaste el son hermoso, bravío y callejero del aguas, del “¿Te das?” o del “¡Voooy!”. Y las calles ya no vibraron con tu cantarina sonrisa o con el eco de tu voz.

Y la gente también se fue: el rostro querido de mamá, los campeones del yoyo y el barrio sin igual. Se fueron tus calles, tus piedras y tus lodos.

Se fue para siempre ese tu pueblote sin par y muchos amigos que dejaron la pelota de esponja o la cuiria empenada

no regresaron más, niña bonita: ¿en qué rincón del alma se perdió tu muñeca de trapo?

Mucha gente se fue y muchos juegos no volvieron más. Ya no hubo temores a historias nocturnas, a húngaras raras, a sombras del mal. Y ya no hubo tampoco —y qué lágrima, caray— el salto de gusto cuando esa querida voz nos llamaba a merendar desde la vieja cocina, que tenía además de adobes y jarritos un chingo de amor.

No más dichos, ni queridas muñequitas de trapo ni luchas ni ganador ni el temblor bien escondido en una lid de honor. Ya no más barrancas, campitos, el viejo lar. Dónde chingados quedarán aquellos paisajes calmados, que inspiraban a jugar.

Y te fuiste hermosa niña y tú, chamaquito de antes, ya no jugaste más. Otras cosas ocupan tu tiempo, otras cosas sin más: el dinero, el estrés, la tele, el divorcio, la compu, el celular; ¿juguetes?, pa'qué, mejor tener autos que se manejan solos, robots que a tu nieto no dejen ni hablar, o muñecas que hasta hacen popó.

Ahora, cuanto tienes, éso vales. Ten, posee, sé dueño del mundo, haz todo, excepto soñar. Y, por supuesto, menos jugar.

Chavitas y chavitos de antes, ya no fueron autores del drama del juego, ni lo que jugaron lo enseñaron a jugar. Se

averió su mágica varita que al soldadito de flor de calabaza hacía pelear, al avión volar en el vil cemento o al gallito de hueso de aguacate hacía volar.

Cambiaste. Como cambió tu ciudad y tu vida, y tus cosas y tu ser. Y vino el progreso y mejoraste tú.

Y ahora qué darías, cuando en un negro día y con tu alma hasta el suelo, una canica rodando —tu tiritito— llegara a tus pies, y al tomarla porosa, quicada, olvidada, otra vez como antes volvieras a tirarla con fe. Y al colocarla como antier, en la bolsa del corazón, éste latiera fuerte de nuevo. Y de nuevo la ronchita. Y con todo, a empezar.

Y a empezar como antes. Pero ahora con ellos con los que vienen detrás. Con ellos, que no han jugado y que no saben jugar.

Y en fin, propálese a los cuatro vientos que lo recién leído fue para que, ahora y por siempre, los que vengan sepan que hubo aquí alguna vez unas niñas hermosas, unos aventureros llenos de tierra, unas chavitas ingeniosas, unos chavos audaces, que aquellas calles, aquellos campos, aquellos corazones llenaron de vida, de locuras, de risas... de luz.

ÍNDICE

INTROITO	13
La escenografía	15
La tapa	17
Las canicas	20
A las estatuas de marfil	24
La matatena	28
Los gatos	31
Los ligazos	34
Los papalotes	37
El yoyo, el trompo y el balero	41
Jugando en las calles	47
Las escondidillas	49
Caleidoscopio de juegos visuales	52
Motivos lúdicos de celebraciones	56
Botes, madera, granos	61
Los patines, la reata, las plumas	65
La típica y el aro	69
El burro	71
Lo prohibido y el honor	74
Jugando con papel	76
Juguetes de doctrina y piedras	79
De negros zopilotes y albos palomos	82
La comidita y los juegos de té	85

Quemados, húngaras, zancos	87
Lugares, flechas y hondas	90
Los insectos	94
Cuerdas, sombras, paredes	98
Las guerras y los episodios	101
Las palabras que se fueron	105
El juego era una esfera	108
Las muñecas con sus muñecas de trapo	110
EPÍLOGO	112

Chiras pelas

Una glosa lúdica de antier

de Raúl López Camacho, se terminó de imprimir en diciembre de 2018, en los talleres gráficos de Universal GP S. A. de C. V., ubicados en Ayuntamiento núm. 27, colonia Del Carmen, delegación Coyoacán, C. P. 04100, Ciudad de México. El tiraje consta de mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Adobe Jenson Pro, de Robert Slimbach, para la fundidora Adobe Systems Inc. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz y Lucero Estrada. Formación y portada: Carlos César Contreras Becerril. Cuidado de la edición: Eridania González Treviño, Delfina Careaga y el autor. Supervisión en imprenta: Carlos César Contreras Becerril. Editor responsable: Félix Suárez.